BIBLIOTECA INDIANA
Publicaciones del Centro de Estudios Indianos (CEI)

Universidad de Navarra
Editorial Iberoamericana



Biblioteca Indiana, 3

RUBÉN DARÍO
DON QUIJOTE NO DEBE NI PUEDE MORIR
(PÁGINAS CERVANTINAS)

JORGE EDUARDO ARELLANO
(DIRECTOR DE LA ACADEMIA NICARAGUENSE DE LA LENGUA)

Universidad de Navarra • Iberoamericana • Vervuert • 2005

Bibliographic information published by Die Deutsche Bibliothek
Die Deutsche Bibliothek lists this publication in the Deutsche Nationalbibliografie; detailed bibliographic data are available on the Internet at http://dnb.ddb.de.

Agradecemos a la Fundación Universitaria de Navarra su ayuda en los proyectos de investigación del GRISO a los cuales pertenece esta publicación.

Agradecemos al Banco Santander Central Hispano la colaboración para la edición de este libro.

Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

Wielandstr. 40 – D-60318 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: +49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

ISBN 84-8489-207-7 (Iberoamericana)
ISBN 3-86527-222-3 (Vervuert)

Depósito Legal: M. 28.813-2005

Cubierta: Juan M. Escudero

Impreso en España por Imprenta Fareso, S. A.
Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico sin cloro.

ÍNDICE

PREFACIO[1]

Hace cuatro siglos Juan de la Cuesta editó en Madrid la primera parte de la novela *Don Quijote de la Mancha,* «gloria del ingenio español y precioso depósito de la propiedad y energía del Idioma castellano». Con motivo de esta efemérides, la Academia Nicaragüense de la Lengua editó en abril de 2002 una colección de seis trabajos de Rubén Darío, «el más cervantino y alto cantor del Quijote», con prólogo del suscrito.

Hoy, en virtud del apoyo del Centro de Estudios Indianos —que dirige Ignacio Arellano en la Universidad de Navarra— se reedita dicho volumen pequeño, pero significativo.

> el fuerte vasco Unamuno, a raíz de la catástrofe, gritó en un periódico de Madrid, de modo que fuera bien escuchado su grito: *¡Muera Don Quijote!* Es un concepto a mi entender injusto. Don Quijote no debe ni puede morir; en sus avatares cambia de aspecto, pero es el que trae la sal de la gloria, el oro del ideal, el alma del mundo.

R. D. (*España contemporánea* /
«Cyrano en Casa de Lope»).

[1] Las ilustraciones que acompañan al libro pertenecen a la edición del *Quijote* de la RAE (Madrid, Joaquín Ibarra, 1780), ejemplar del Fondo antiguo de la Biblioteca de la Universidad de Navarra, signatura: EST 305.050.

RUBÉN DARÍO Y SUS PÁGINAS CERVANTINAS

Por Jorge Eduardo Arellano
(Director de la Academia Nicaragüense de la Lengua)

1. Darío y su viaje a La Mancha

El 5 de mayo de 2005 se cumplirá un siglo de la celebración en Madrid del tercer centenario de la *editio princeps* del Quijote. Para esa fecha, Rubén Darío —hijo de América y nieto de España, como se autoconcebía— realizó un viaje a La Mancha. Le acompañaba Pedro González Blanco (1879-1961), uno de los fundadores de la revista *Helios* —difusora del modernismo hispánico—, apasionado defensor de la trascendente labor colonizadora de España y cuya vida tuvo mucho de gesta aventurera. Residió en varios países hispanoamericanos: Argentina, Cuba, Guatemala —donde, ya viudo, matrimonió con una sobrina del Presidente Manuel Estrada Cabrera—, y, sobre todo, en México. Allí se estableció definitivamente en 1939, mucho después de su activa participación en el movimiento revolucionario de 1910 al lado de Venustiano Carranza, de quien fue asesor y protegido.

Dos crónicas eruditas surgieron del citado viaje de Darío: «En tierra de D[on] Quijote» y «La cuna del manco»; una redactada en Argamasilla de Alba, la otra en Madrid. Ambas desconocidas, se publicaron en *La Nación* de Buenos Aires el 9 de abril y el 21 de mayo de

1905, respectivamente; y figuran en la publicación *Don Quijote no debe ni puede morir,* anotadas por Günther Schmigalle. El título de la primera —e incluso la iniciativa misma del viaje a La Mancha—, Darío la tomó de un libro aparecido en París cuatro años antes (1901): la traducción francesa del original en inglés: *On the Trail of Don Quixote, being a record of rambles in the ancient province of la Mancha.* ¿Su autor? Auguste-F. Jaccaci, pintor francés nacido en 1857 y ciudadano estadounidense desde 1888.

El poeta visitó Ciudad Real, la pequeña población de Marcos y Argamasilla de Alba, describiéndolas con precisión memorable. Veamos únicamente las líneas consagradas a la segunda: «Hice un paseo a la cercana población de Marcos donde existe una célebre y milagrosa virgen de piedra, en cuya iglesia he visto la más extraña colección de exvotos de cera que pueda suponerse. No hay más curiosidades que restos de antiguas construcciones moriscas, un aljibe y el pintoresco paisaje que cerca de una fábrica vecina une abruptas rocas, altos álamos y las aguas del Guadiana, recogidas en una especie de lago artificial que se derrama en cascada sonora y cristalina. Cerca de la ribera, unos mozos cantaban coplas de la tierra, acompañándose con la inseparable guitarra. El cielo azul, el aire frío. Por la carretera, las mulas de un carro trotaban, haciendo sonar sus cascabeles».

En la segunda crónica, el renovador de la poesía castellana de su tiempo comenta, no sin sonriente de ironía, la disputa sobre la ciudad natal de Cervantes, concentrada entre Alcázar de San Juan y Alcalá de Henares, desde hacía tiempo ganada por ésta, y Darío lo sabía perfectamente. Si nuestro poeta reunió en dicha crónica argumentos a favor de Alcázar de San Juan, fue —en este caso, como en otros— para defender quijotescamente una «causa perdida», una causa anti-académica, y le fascinaba el *furor poeticus* de los sabios y soñadores con quienes alternó en tierra de La Mancha. «Una batalla —dijo— en que los cañones Maxim quedan substituidos por razones de a folio, a medida que se aproximan los días del inminente [tercer] centenario».

Cuando llegó este fasto —celebrado en 114 ciudades españolas, 212 hispanoamericanas y 31 extranjeras— Darío consagró a don Quijote su famosa «Letanía», leída por su amigo Ricardo Calvo en el Paraninfo de la Universidad el 13 de mayo de 1905, durante el homenaje organizado por el Ateneo de Madrid. Como señala Uribe de Echeverría, la «Letanía de Nuestro Señor Don Quijote» acredita a su

autor como «el más cervantino y alto cantor del Quijote», añadiendo: «toda la poesía amarga del inmortal caballero aparece transmutada en los versos del exquisito bardo...». En ella —anotó Darío— «afirmo otra vez mi arraigado idealismo, mi pasión por lo elevado y heroico, la figura del caballero simbólico está coronado de luz y de tristeza. En el poema se intenta la sonrisa del *humour* —como un recuerdo de la portentosa creación cervantina— mas tras el sonreír está el rostro de la humana tortura ante las realidades que no tocan la complexión y el pellejo de Sancho». («Historia de mis libros», 1913).

Al respecto, no resulta ocioso distinguir en la «Letanía...» sus tres fases, de acuerdo con Emilio Carilla en su *Cervantes y América: salutación* —o invocación— comprendida entre las cinco estrofas primeras; la *letanía,* que se expande en las cinco estrofas siguientes; y la fusión armónica de salutación y letanía en las dos estrofas finales: «Noble peregrino de los peregrinos, / que santificaste todos los caminos, / con el paso augusto de tu heroicidad, / contra las certezas, contra las conciencias / y contra las leyes y contra las ciencias, / contra la mentira, contra la verdad... // Ora por nosotros, señor de los tristes, / que de fuerza alientas y de ensueños vistes, / coronado de áureo yelmo de ilusión; / ¡que nadie ha podido vencer todavía, / por la adarga al brazo, toda fantasía, / y la lanza en ristre, toda corazón!».

La «Letanía de Nuestro Señor Don Quijote» correspondió al poema 49 de los *Cantos de Vida y Esperanza, Los Cisnes y otros Poemas* (1905), escrito especialmente para el homenaje a Cervantes en el III Centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote,* como ya señalamos. Darío, por encontrarse enfermo, delegó su lectura a Ricardo Calvo, como consta en la edición del *Ateneo*[1], donde figura erráticamente en plural como «Letanías...» (sic) y sin dedicatoria. Fue hasta en la edición de los *Cantos de Vida y Esperanza...* de junio, de ese mismo año, que apareció dedicada a [Francisco] Navarro Ledesma (1869-1905), director de *Blanco y Negro,* revista en la que Darío colaboraba. Al fallecer a los pocos meses Navarro Ledesma (septiembre de 1905) Darío le consagró el poema *«In memoriam»:* «Yo no escuché jamás palabras tan hermana / y que fuese de mi sangre y en mi pensar mi hermana. / Era bueno. Era puro. Era lo que hay que ser / cuando se trae en el hombro la piedra del deber...». Navarro Ledesma, cate-

[1] Darío, 1905, pp. 467-69

drático y periodista, escribió unas *Lecciones de literatura* (1900-02), *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes* (1905) y dos libros de cuentos: *En un lugar de la Mancha...* (1905) y el póstumo: *Los nidos de antaño.*

2. Lecturas nutricias y referencias básicas

Siendo niño precoz en León de Nicaragua, Rubén Darío (1867-1916) leyó el *Quijote* descubierto en un viejo armario familiar con otras obras reveladoras. Así lo indica en su autobiografía (cap. IV). Desde entonces, Miguel de Cervantes y Saavedra (Alcalá de Henares, 1547 - Madrid, 1616) sería una de sus lecturas fieles y nutricias, como lo demostró en dos de sus poemas perdurables («Un soneto a Cervantes» y «Letanía de Nuestro Señor Don Quijote»), en el cuento «D. Q.» y en el ensayo «Hércules y don Quijote», al igual que en dos crónicas —desconocidas y eruditas— que ha anotado exhaustivamente Günther Schmigalle.

Por nuestra parte, comentaremos las cuatro piezas cervantinas conocidas de Darío, no sin recordar que en su misma autobiografía el poeta errante, *español de América y americano de España,* dejó testimonio de esa lectura predilecta. En efecto, al aludir a su etapa argentina, cuando reposaba llevado por el médico Prudencio Plaza en la isla de Martín García —dentro del Río de la Plata— afirma que releyó el *Quijote* (cap. XLIV). No en vano, como lo han demostrado algunos críticos, la presencia intertextual de la inmortal obra cervantina se detecta nada menos que en unos versos de «Marcha triunfal» (1895), escrita en ese escenario. Y en su «Post-data en España» (1914), de su citado volumen de memorias, Darío define a la capital de Cataluña con unas líneas del antepenúltimo capítulo del *Quijote* (2ª parte, cap. LXXXII):

> De Valldemosa [en las islas Baleares] partí un día en el Jaime I, que me trajo a la amable ciudad condal. Aquí debía residir, fijar la planta por muchos años, Dios mediante, y en verdad confieso que me es grata en extremo la estancia en esta tierra, archivo de [la] cortesía, como reza la frase del glorioso manco de Lepanto.

Sin duda, Darío citaba de memoria, pues omite el artículo entre corchetes: «la».

Como las anteriores, existen no pocas referencias rubendarianas alusivas al *Quijote,* a las *Novelas ejemplares* y a su autor en las páginas

creadoras del nicaragüense universal. De hecho, ya fueron rastreadas —entre otros— por Uribe Echeverría[2] y Alberto Sánchez[3]. Aquí no vamos a repetirlas. Sólo diremos que se les escaparon algunas fundamentales.

Porque no sólo alude a Cervantes en los versos enfáticos de la epístola «A Juan Montalvo», incluida en *Epístolas y poemas* (1885) y escrita por Darío a sus diecisiete años el 1 de junio de 1884. Intentando captar la esencia de lo montalvino, el entusiasta joven valora al prosista ecuatoriano como feliz imitador del *Quijote* (versos 331-95) y émulo de Cervantes (versos 306 y 447):

> El Genio Manco, admiración del mundo,
> risueño Atlante con el pecho herido,
> carga sobre sus hombros mole inmensa
> que por mucho que es grande no le agobia...
> la Gloria está esperando tu llegada
> y Miguel de Cervantes es tu guía.
> Ingenio: esculpe, labra, pinta, eleva.
> en la región del arte luz es todo;
> gran artista, te sientes dominado
> por esa claridad como encendida
> por la mano de Dios...
> ¿Cómo no has de acercarte hasta la cumbre
> si Cervantes te lleva de la mano?

También transcribe varios párrafos de Pedro Balmaceda Toro, autor del ensayo «La novela social contemporánea», en el ensayo biográfico que escribió sobre este amigo y literato chileno: *A. de Gilbert* (1889): «Cervantes marcó el rumbo. ¿Y qué pueblo tienen una novela como *Don Quijote,* en la cual las costumbres de la época, los personajes que campean en la obra, sean más fielmente retratados?» (ver 1991:141); en las «Palabras liminares» de *Prosas profanas* (1896): «El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres: Este —me dice— es el gran don Miguel de Cervantes, genio y manco [...]». E igualmente en el poema «Helios»: «Que sientan las naciones el volar de tu carro, que hallen los corazones / humanos, en el

[2] Uribe Echeverría, 1949, pp. 120-21.

[3] Sánchez, 1962, pp. 31-44.

brillo de tu carro, esperanza; que el alma Quijote y el cuerpo Sancho Panza / vuele una psique cierta a la verdad del sueño...» y en uno de los sonetos de la segunda edición de *Prosas profanas* (1901), obra cardinal del modernismo hispanoamericano: «La gitanilla», título y personaje de una de las *Novelas ejemplares*:

Maravillosamente danzaba. Los diamantes
negros de sus pupilas vertían su destello:
era bello su rostro, era un rostro tan bello
como el de las gitanas de don Miguel de Cervantes...

Asimismo, en otro soneto, titulado «España —de 1899 y disperso, es decir, no recogido en libro— Darío postula su clara filiación hispánica vinculada al catolicismo y al castellano, cuya más alta cima representa Cervantes en el Siglo de Oro: «Dejad que siga y bogue la galera / bajo la tempestad, sobre la ola» —se inicia, para concluir:

Y bogue entre las olas espumantes,
y bogue la galera que ya ha visto
cómo son las tormentas inconstantes:
que la raza está en pie y el brazo listo,
que va en el barco el capitán Cervantes
y arriba flota el pabellón de Cristo.

Lengua y religión, en una directa referencia a la hazaña colombina, se evocan en los dos últimos endecasílabos.

3. Réplica a Unamuno

Pasemos ahora a un texto en prosa sustantivo. Se trata de la significativa réplica de Darío, publicada en el diario *La Nación* de Buenos Aires el 2 de febrero de 1889, a don Miguel de Unamuno (Bilbao, 1864 - Salamanca, 1936). En la revista madrileña *Vida nueva,* del 26 de julio de 1898, Unamuno había anulado —en el contexto de la *débâcle* del 98— el noble idealismo sustancial del máximo personaje cervantino, saliéndole Rubén al frente: «Creo que el fuerte vasco Unamuno, a raíz de la catástrofe, gritó en un periódico de Madrid de modo que fue bien escuchado su grito: *¡Muera Don Quijote!* Es un concepto a mi entender injusto. Don Quijote no puede ni debe morir; en sus avatares cambia de aspecto, pero es el que trae la sal de la glo-

ria, el oro del ideal, el alma del mundo. Un tiempo se llamó el Cid, y aun muerto ganó batallas. Otro, Cristóbal Colón, y su Dulcinea fue la América...» (José Enrique Rodó, en un ensayo y José Sancos Chocano, en un poema, desarrollaron el binomio rubendariano Quijote-Colón, mas no cabe aquí ejemplificarlo).

La argumentación de Darío debió convencer al autor de la *Vida de don Quijote y Sancho* (1905), quien tuvo que abjurar de aquel intenso grito errático: «Hace algunos años lancé contra ti, generoso hidalgo, este grito de guerra: *¡Muera Don Quijote!...* Pedí que murieras para que resucitara en ti Alonso el Bueno, el enamorado de Aldonza, como si su voluntad se hubiera nunca postrado más espléndida que en tus locas hazañas...Yo lancé contra ti, mi señor Don Quijote, aquel muera. Perdónamelo porque lo lancé lleno de sana y buena, aunque equivocada intención, y por amor a ti...».

Mientras tanto, Darío había reaccionado desde Buenos Aires, en su carácter de caudillo mental y literario del modernismo hispanoamericano, ante el desastre del 98, acontecimiento bélico por el cual el expansionismo económico y político de la potencia del Norte de América acababa de dar el tiro de gracia al decadente imperio español, cercenándole Puerto Rico y Filipinas e independizando Cuba. Como es sabido, dos ensayos («El triunfo de Calibán» y «El crepúsculo de España»), más el cuento «D. Q.» configuraron tal adhesión a los valores de la España que él defendía: Ideal, Nobleza, Hidalguía y a sus mayores representantes de su Siglo de Oro.

4. El cuento *D. Q.* y otras alusiones poéticas

Pionero, por otro lado, de la narrativa fantástica de Hispanoamérica, «D. Q.» (1899) desarrolla su trama «cerca de Santiago de Cuba» y, en síntesis, transmite el lamento por la pérdida de esos valores ante el arrollador avance del imperialismo norteamericano. ¿Cómo? Con el suicidio de Don Quijote, portador de la bandera de una compañía del ejército español que luchaba en Cuba contra el norteamericano y creía «que dentro de poco —relata Darío en su ficción— estaremos en Washington» y «será izada nuestra bandera en el Capitolio».

Asumiendo los contenidos noventayochistas, Darío elogió el mismo año de 1899 tanto la representación del famoso drama de Edmond Rostand en el Teatro Español de Madrid —fijando un paralelo entre el dramaturgo francés y su Cyrano de Bergerac con Cervantes y su

Quijote («Cyrano en España»)— como la visita del rey Oscar II de Suecia y Noruega a la península («Al rey Oscar»). Ambos poemas ingresarían a sus *Cantos de Vida y Esperanza. Los Cisnes y Otros Poemas* (1905) y en el segundo no sólo asocia la dama caballeresca del Quijote al ensueño romántico («cerca de Dulcinea brilla el rayo de luna, / y la musa de Bécquer del ensueño es esclava / bajo un celeste palio de luz escandinava»), sino que proclama su marcado y orgulloso idealismo hispánico:

> Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,
> mientras la onda cordial alimente un ensueño
> mientras haya una viva pasión, un noble empeño,
> un buscado imposible, una imposible hazaña,
> una América oculta que hallar, vivirá España!

En esa misma línea cabe citar lo que el propio Darío denomina, en su «Historia de mis libros», «una loor al Gran Manco» («Un soneto a Cervantes», incluido también en *Cantos de vida y esperanza* y datado de 1903); y su tributo, al año siguiente, a ese trágico formulador del *Idearium español* (1897) que fue Ángel Ganivet (1865-1898), fallecido por decisión propia al arrojarse a las aguas de Dwina en Riga, Finlandia:

> ¡Ganivet! ¡Ganivet! ¡Hamlet tan Cervantino!
> Hijodalgo divino
> que haces, melificando al Cid, un Don Quijote
> que traspasa los siglos...

Pero la apoteosis del cervantismo rubendariano correspondió a su admirable «Letanía de Nuestro Señor Don Quijote», ya comentada.

5. El ensayo *Hércules y D. Quijote*

El mismo año de la elaboración y difusión del anterior poema, el del centenario de la edición príncipe de la primera parte de la mejor novela del mundo, Darío escribió dos crónicas de su viaje a La Mancha, a las cuales ya nos referimos. Posteriormente, elaboró el ensayo interpretativo «Hércules y Don Quijote» que compilaría en su libro *Letras* (1911). Destacado por Alberto Sánchez, consiste en una glosa, con observaciones agudas, de un artículo de Mariano Miguel de Val (1875-

1912). Este consideraba a Hércules y a Sileno precursores del valeroso caballero y de su escudero Sancho, respectivamente. A Darío, asiduo lector del *Quijote* e irreprimible aficionado a la mitología clásica, el tema le fascina. No olvidemos que en su madurez nunca se desprendía de tres libros: la Biblia, el Quijote y de una obra en francés del alemán Max Müller (1823-1900), conservada en el Seminario Archivo de Madrid.

Sánchez observa que la comparación de Don Quijote y Hércules le parece a Darío nueva e ingeniosa, pero puntualiza que la de Sancho y Sileno ya había sido establecida por Víctor Hugo en un capítulo de su *William Shakespeare.* Las similitudes entre los dos héroes, Hércules y Don Quijote, las estima de poca enjudia, puesto que sus psicologías son absolutamente diferentes. Ante todo, Don Quijote es *caballero* en todas sus dimensiones: «diríase que sin su caballería está incompleto: *cuando no va en Rocinante hacia el heroísmo, va en Clavileño hacia el ensueño*»[4]. Mientras que Hércules no cabalga: ejecuta sus trabajos a pie. Por último, frente a un Hércules tan lascivo como Pan, Don Quijote, «paladín medio santo», es el caballero casto por excelencia.

Más calibrado para Darío es el paralelo Sileno-Sancho. El intérprete cervantino que fue el autor de la «Letanía de Nuestro Señor Don Quijote» le dedica unas líneas memorables; en ellas glosa a Víctor Hugo, logrando «personales atisbos de amable franciscano y disimulada erudición». Y nada más. Sánchez concluye: «Vemos aquí meditando sobre la más honda significación del héroe manchego y de su fiel Sancho Panza, saltando del escepticismo francés a una afirmación entrañable de fe, trasvasada al humilde plano de las cabalgaduras. Faltaba unir este ensayo doctrinal a un conjunto rubeniano de estimaciones estéticas o motivaciones literarias de raíz cervantina».

6. Últimas alusiones

Para terminar, un dato interesante. La última crónica, por cierto trunca, que Darío escribió —destinada, desde luego, a *La Nación*— fue en Nueva York, abril, 1915; precisamente se titula «De New York a Buenos Aires por el Atlántico» y quedó inédita. Pues bien, en sus líneas

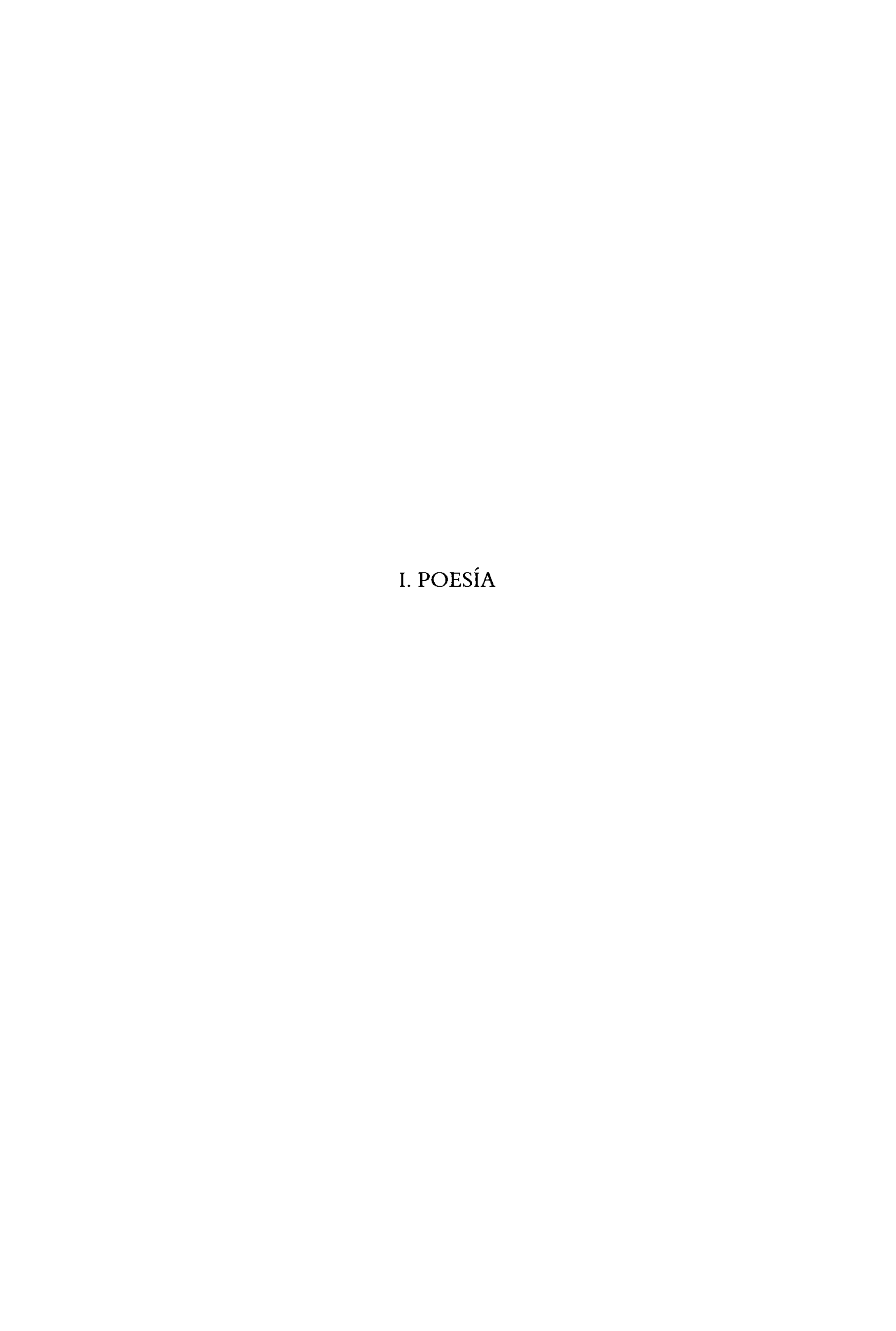
[4] Darío, 1911, p. 142

finales Darío alude a un ejemplar del *Quijote,* cuya lectura le esperaba en el camarote de su barco[5].

En las misma Nueva York, el 3 de enero de 1915, Darío escribió en la pared de la *Hispanic Society of America,* a solicitud de su fundador Archer M. Huntington las siguientes tres cuartetas desconocidas, en cuyo verso final alude al autor del *Quijote.*

Visitante que pasas por esta casa egregia,
mira cómo la América noble y republicana
da cabida a la gloria de la progenie hispana
y a su espíritu eterno brinda acogida regia.
Aquí podéis mirar cuál fue la hija del Lacio
que siendo Iberia dio luces en paz y en guerra.
Saluda a quien creó este ilustre palacio
que propaga el pasado triunfo sobre la tierra.
A él nuestros loores, pues por su sin igual
esfuerzo que produce riquezas y eficacias,
desde la maravilla de su sueño inmortal,
Cervantes y el divino don Diego dicen: ¡Gracias!

[5] Arellano, 1983.



I. POESÍA

Un soneto a Cervantes[1]

A Ricardo Calvo

Horas de pesadumbre y de tristeza
paso en mi soledad. Pero Cervantes
es buen amigo. Endulza mis instantes
ásperos, y reposa mi cabeza.
Él es la vida y la naturaleza,
regala un yelmo de oros y diamantes
a mis sueños errantes.
Es para mí: suspira, ríe y reza.
Cristiano y amoroso y caballero,
parla como un arroyo cristalino.
¡Así le admiro y quiero
viendo cómo el destino
hace que regocije al mundo entero
la tristeza inmortal de ser divino!

[1] Poema XVIII de los *Cantos de vida y esperanza, Los Cisnes y otros poemas,* 1905. Apareció en la revista *Helios* [Madrid], IX, 1903, p. 37, dedicado a Ricardo Calvo (1873-1966), primer autor del teatro español de su tiempo y con su data: «París 1903». El 24 de julio del mismo año Darío le había escrito a Juan Ramón Jiménez, director de *Helios*: «No publique el soneto a Cervantes, solo. Mañana o pasado le enviaré otros versos de mi próxima *plaquette*: *Cantos de vida y esperanza* (sic). A [Ricardo] Calvo le leía algo». Pero Juan Ramón, al no recibir los versos prometidos, hizo caso omiso de la indicación.

El verso 6 de *Helios* contiene una variante: *Regala un yelmo de diamantes.* Este soneto se reprodujo, con el título «A Cervantes», en tres revistas de América Latina: *Revista Moderna de México,* I-1904; *Pluma y Lápiz* [Santiago de Chile], 8-V-1904 y *La Lira chilena,* 17-VII-1904. No se conserva el manuscrito, pero Arturo Marasso lo conoció sin dar su fuente, advirtiendo una variante en el verso 7: «Cristiano y amoroso caballero». Sin embargo la segunda conjunción mejora el verso. Así aparece en la primera edición.

LETANÍA DE NUESTRO SEÑOR D. QUIJOTE[2]

A [Francisco] Navarro Ledesma

REY de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.
Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

[2] Es el poema XXXXIX de los *Cantos de vida y esperanza. Los Cisnes y otros poemas,* 1905, escrito especialmente para el homenaje a Cervantes en el III centenario de la publicación del *Quijote*, organizado por el Ateneo de Madrid en el Paraninfo de la Universidad el 13 de mayo de 1905. Darío, por encontrarse enfermo, delegó su lectura a Ricardo Calvo, como consta en la edición del *Ateneo* (1905, pp. 467-69), donde figura como «Letanías (sic)...» y sin dedicatoria.

Fue hasta en la edición de los *Cantos de vida y esperanza...* de ese mismo año, que apareció dedicada a [Francisco] Navarro Ledesma (1869-1905), director de *Blanco y Negro*, revista en la que Darío colaboraba. Al fallecer Navarro Ledesma (septiembre de 1905), Darío le consagró el poema *«In memoriam»:*

Yo no escuché jamás palabra tan hermana
y que fuese de mi sangre y en mi pensar mi hermana.
era bueno. Era puro. Era lo que hay que ser
cuando se trae en el hombro la piedra del deber...

Navarro Ledesma, catedrático y también periodista, escribió unas *Lecciones de literatura* (1900-1902), *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes* (1905) y dos libros de cuentos: *En un lugar de la Mancha...* (1905) y el póstumo: *Los nidos de antaño.*

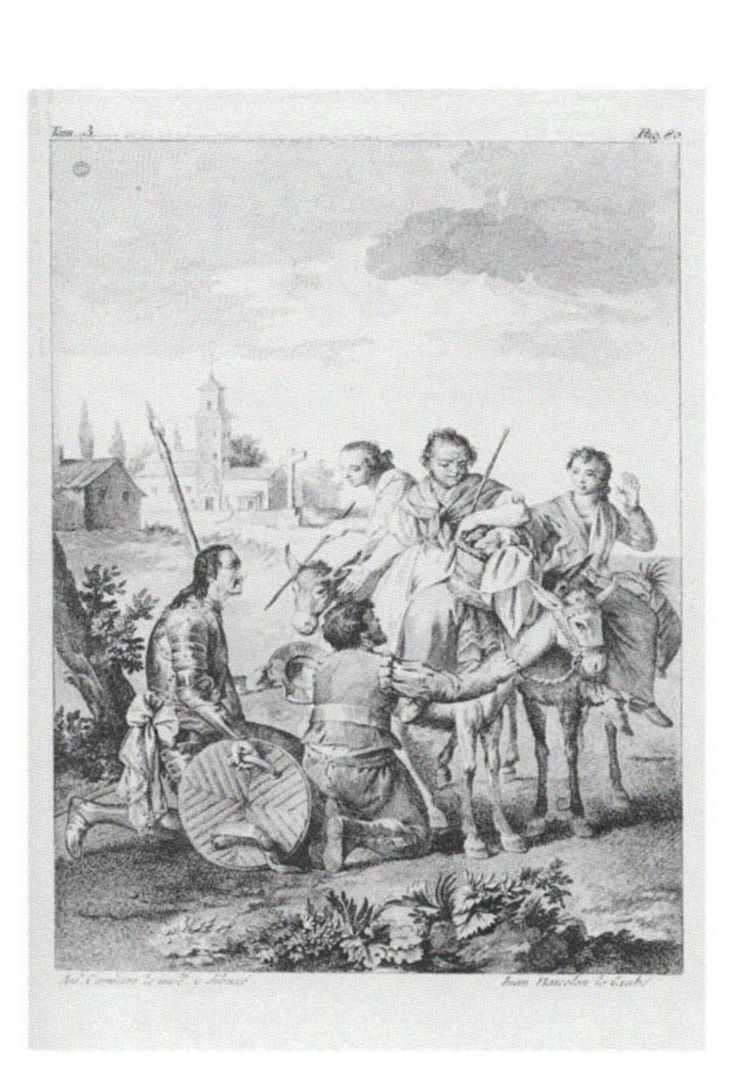
¡Caballero errante de los caballeros,
barón de varones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,
entre los aplausos o entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!
¡Tú, para quien pocas fueran las victorias
antiguas y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportar elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!
Escucha, divino Rolando del sueño.
a un enamorado de tu Clavileño,
y cuyo Pegaso relincha hacia ti;
escucha los versos de estas letanías,
hechas con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso vi.
¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español!
¡Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
de laurel! *Pro nobis ora,* gran señor.
(Tiembla la floresta del laurel del mundo,
y antes que tu hermano vago, Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor)
Ruega generoso, piadoso, orgulloso,
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.
De tantas tristezas, de dolores tantos,
de los superhombres de Nietzsche, de cantos
áfonos, recetas que firma un doctor,
de las epidemias de horribles blasfemias
de las Academias,

líbranos, señor.
De rudos malsines,
falsos paladines,
y espíritus finos y blandos y ruines,
del hampa que sacia
su canallocracia
con burlar la gloria, la vida, el honor,
del puñal con gracia,
¡líbranos, señor!
Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos,
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra la conciencias,
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...
Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
¡que nadie ha podido vencer todavía,
por la darga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón!

[Madrid, abril de 1905]

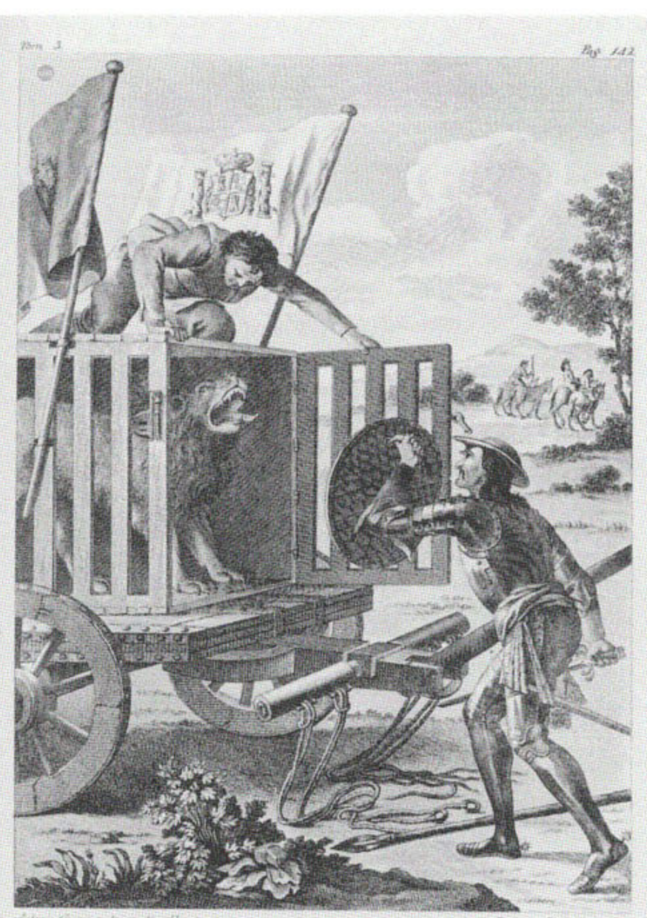


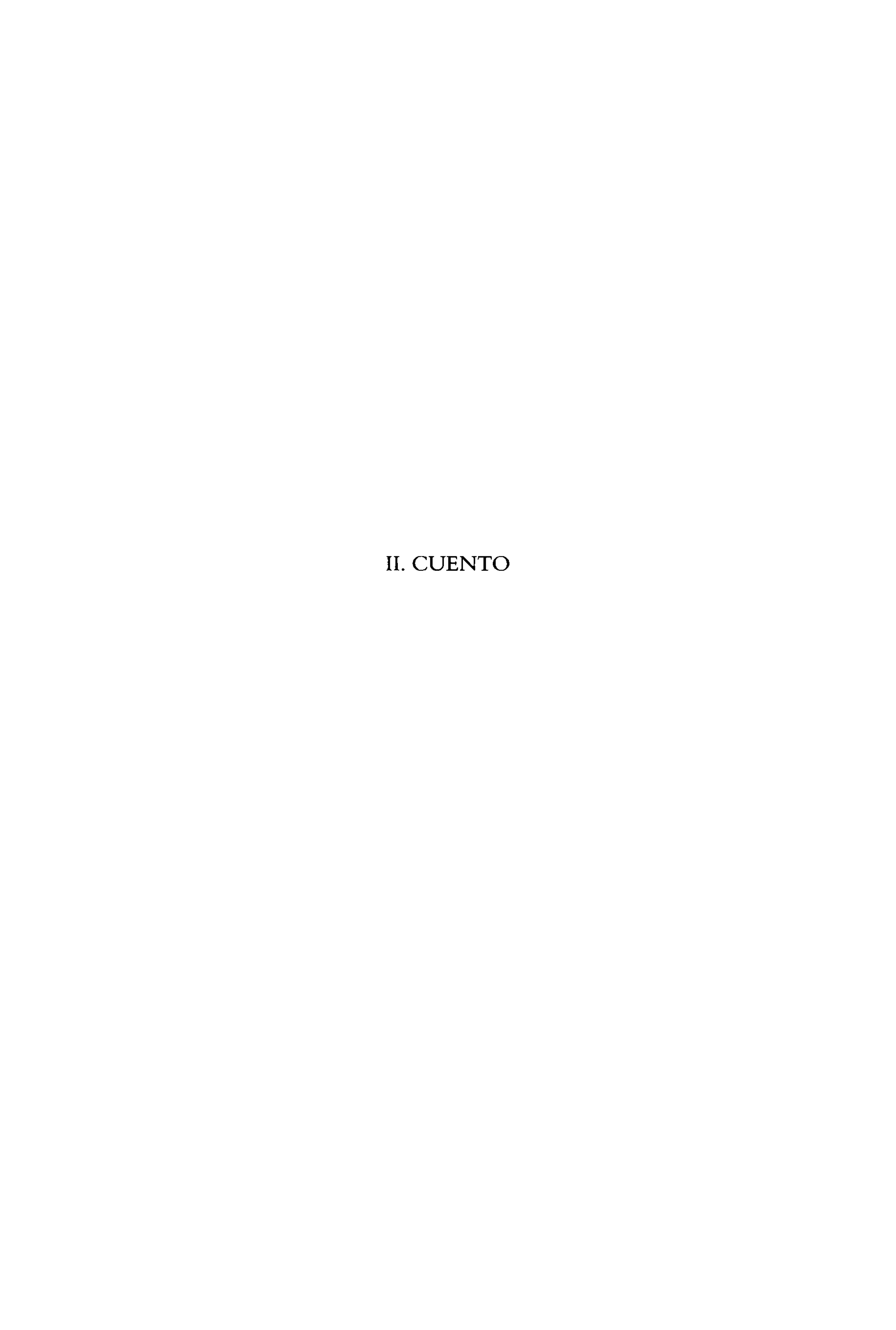
Fernando Barranco lo inv.to y dibuxó. Francisco Muntaner lo grabó en Madrid 17..



Ant. Carnicero lo inv.º y dibuxó   Juan Barcelon lo Grabó







II. CUENTO

D. Q. [1]

Por Rubén Darío

I

Estamos de guarnición cerca de Santiago de Cuba. Había llovido esa noche; no obstante el calor era excesivo. Aguardábamos la llegada de una compañía de la nueva fuerza venida de España, para abandonar aquel paraje en que nos moríamos de hambre, sin luchar, llenos de desesperación y de ira. La compañía debía llegar esa misma noche, según el aviso recibido. Como el calor arreciase y el sueño no quisiese darme reposo, salí a respirar fuera de la carpa. Pasada la lluvia, el cielo se había despejado un tanto y en el fondo oscuro brillaban algunas estrellas. Di suelta a la nube de tristes ideas que se aglomeraban en mi cerebro. Pensé en tantas cosas que estaban allá lejos; en la perra suerte que nos perseguía; en que quizá Dios podría dar un nuevo rumbo a su látigo y nosotros entrar en una nueva vía, en un rápida revancha. En tantas cosas pensaba...

¿Cuánto tiempo pasó? Las estrellas sé que poco a poco fueron palideciendo; un aire que refrescó el campo todo sopló del lado de la aurora y ésta inició su aparecimiento, entre tanto una diana que no sé por qué llegaba a mis oídos como llena de tristeza, regó sus notas matinales. Poco tiempo después se anunció que la compañía se acercaba. En efecto, no tardó en llegar a nosotros. Y los saludos de nues-

[1] «D. Q.», uno de los cuentos fantásticos de Darío, se publicó por primera vez en el *Almanaque Peuser para el año de 1899* (1898, pp. 57-58) y constituyó una de las reacciones del poeta ante el desastre del 98 en Cuba, cuando España fue derrotada por Estados Unidos, perdiendo todas sus colonias ultramarinas. Cervera, almirante de la escuadra derrotada, se llamaba Pascual Cervera y Topete (1839-1909). Intentó en vano romper el bloqueo estadounidense a Santiago de Cuba, cerca del cual se desarrolla la trama de esta pieza quijotesca, poco conocida.

tros camaradas y los nuestros se mezclaron fraternizando en el nuevo sol. Momentos después hablábamos con los compañeros. Nos traían noticias de la patria. Sabían los estragos de las últimas batallas. Como nosotros estaban desolados, pero con el deseo quemante de luchar, de agitarse en una furia de venganza, de hacer todo el daño posible al enemigo. Todos éramos jóvenes y bizarros, menos uno; todos nos buscaban para comunicar con nosotros o para conversar; menos uno. Nos traían provisiones que fueron repartidas. A la hora del rancho, todos nos pusimos a devorar nuestra escasa pitanza, menos uno. Tendría como cincuenta años, mas también podía haber tenido trescientos. Su mirada triste parecía penetrar hasta lo hondo de nuestras almas y decirnos cosas de siglos. Alguna vez que se le dirigía la palabra, casi no contestaba, sonreía melancólicamente; se aislaba, buscaba la soledad; miraba hacia el fondo del horizonte, por el lado del mar. Era el abanderado. ¿Cómo se llamaba? No oí su nombre nunca.

II

El capellán nos dijo dos días después:

-Creo que no nos darán la orden de partir todavía. La gente se desespera de deseos de pelear. Tenemos algunos enfermos. Por fin, ¿cuándo veríamos llenarse de gloria nuestra pobre y santa bandera? A propósito: ¿Ha visto usted al abanderado? Se desvive por socorrer a los enfermos. Él no come; lleva lo suyo a los otros. He hablado con él. Es un hombre milagroso y extraño. Parece bravo y nobilísimo de corazón. Me ha hablado de sueños irrealizables. Cree que dentro de poco estaremos en Washington y que se izará nuestra bandera en el Capitolio, como lo dijo el obispo en su brindis. Le han apenado las últimas desgracias; pero confía en algo desconocido que nos ha de amparar; confía en Santiago; en la nobleza de nuestra raza, en la justicia de nuestra causa. ¿Sabe usted? Los otros seres le hacen burlas, se ríen de él. Dicen que debajo del uniforme usa una coraza vieja. Él no les hace caso. Conversando conmigo, suspiraba profundamente, miraba el cielo y el mar. Es un buen hombre en el fondo; paisano mío, manchego. Cree en Dios y es religioso. También algo poeta. Dicen que por la noche rima redondillas, se las recita solo, en voz baja. Tiene a su bandera un culto casi supersticioso. Se asegura que pasa las noches en vela; por lo menos, nadie le ha visto dormir. ¿Me confesará usted que el abanderado es un hombre original?

-Señor capellán —le dije—, he observado ciertamente algo muy original en ese sujeto, que creo por otra parte, haber visto no sé dónde. ¿Cómo se llama?

-No lo sé —contestome el sacerdote—. No se me ha ocurrido ver su nombre en la lista. Pero en todas sus cosas hay marcadas dos letras: D. Q.

III

A un paso del punto de donde acampábamos había un abismo. Más allá de la boca rocallosa, sólo se veía sombra. Una piedra arrojada rebotaba y no se sentía caer. Era un bello día. El sol caldeaba tropicalmente la atmósfera. Habíamos recibido la orden de alistarnos para marchar y probablemente ese mismo día tendríamos el primer encuentro con la tropas yanquis. En todos los rostros, dorados por el fuego furioso de aquel cielo candente, brillaba el deseo de la sangre y de la victoria. Todo estaba listo para la partida, el clarín había trazado en el aire su signo de oro. Íbamos a caminar, cuando un oficial, a todo galope, apareció por un recodo. Llamó a nuestro jefe y habló con él misteriosamente. ¿Cómo os diré que fue aquello? ¿Jamás habéis sido aplastados por la cúpula de un templo que haya elevado vuestra esperanza? ¿Jamás habéis padecido viendo que asesinaban delante de vosotros a vuestra madre? Aquélla fue la mas horrible desolación. Era *la noticia.*

Estábamos perdidos, perdidos sin remedio. No lucharíamos más. Debíamos entregarnos como prisioneros, como vencidos. Cervera estaba en poder del yanqui. La escuadra se la había tragado el mar, la habían despedazado los cañones de Norte América. No quedaba ya nada de España en el mundo que ella descubriera. Debíamos dar al enemigo vencedor las armas, y todo; y el enemigo apareció, en la forma de un gran diablo rubio, de cabellos lacios, barba de chivo, oficial de los Estados Unidos, seguido de una escolta de cazadores de ojos azules. Y la horrible escena comenzó. Las espadas se entregaron; los fusiles también... Unos soldados juraban; otros palidecían, con los ojos húmedos de lágrimas, estallando de indignación y de vergüenza. Y la bandera... Cuando llegó el momento de la bandera, se vio una cosa que puso en todos el espanto glorioso de una inesperada maravilla. Aquel hombre extraño, que miraba profundamente con una mirada de la más amarga despedida, sin que nadie se atreviese a tocarle, fuese

paso a paso al abismo y se arrojó en él. Todavía de lo negro del precipicio, devolvieron las rocas un ruido metálico, como el de una armadura.

IV

El señor capellán cavilaba tiempo después:

-«D. Q.»...

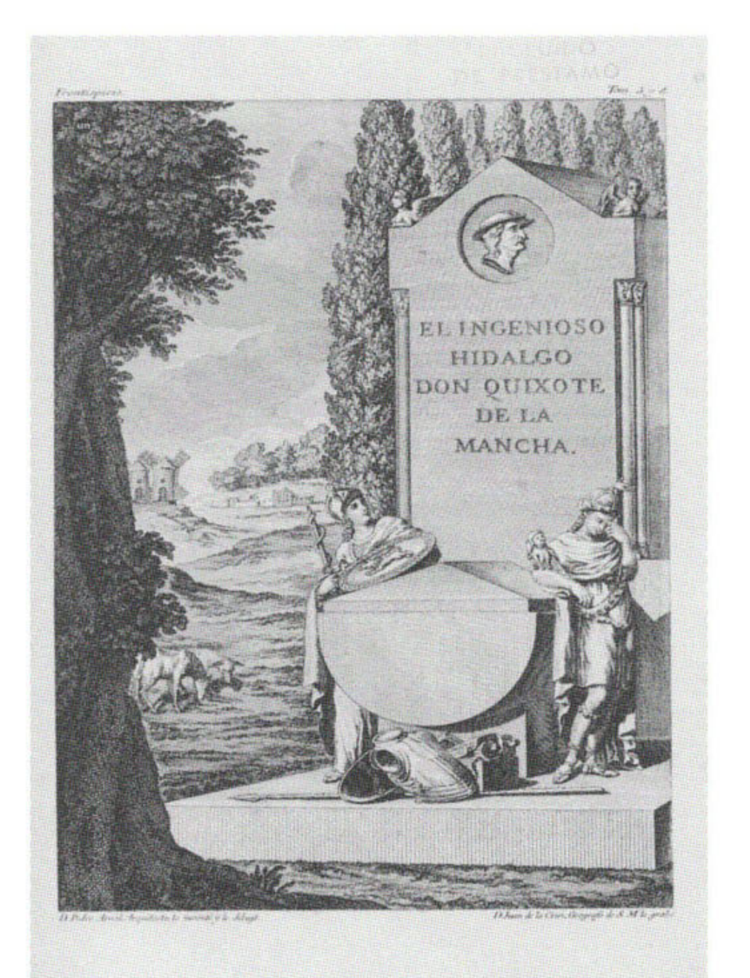
De pronto, creí aclarar el enigma. Aquella fisonomía, ciertamente, no me era desconocida.

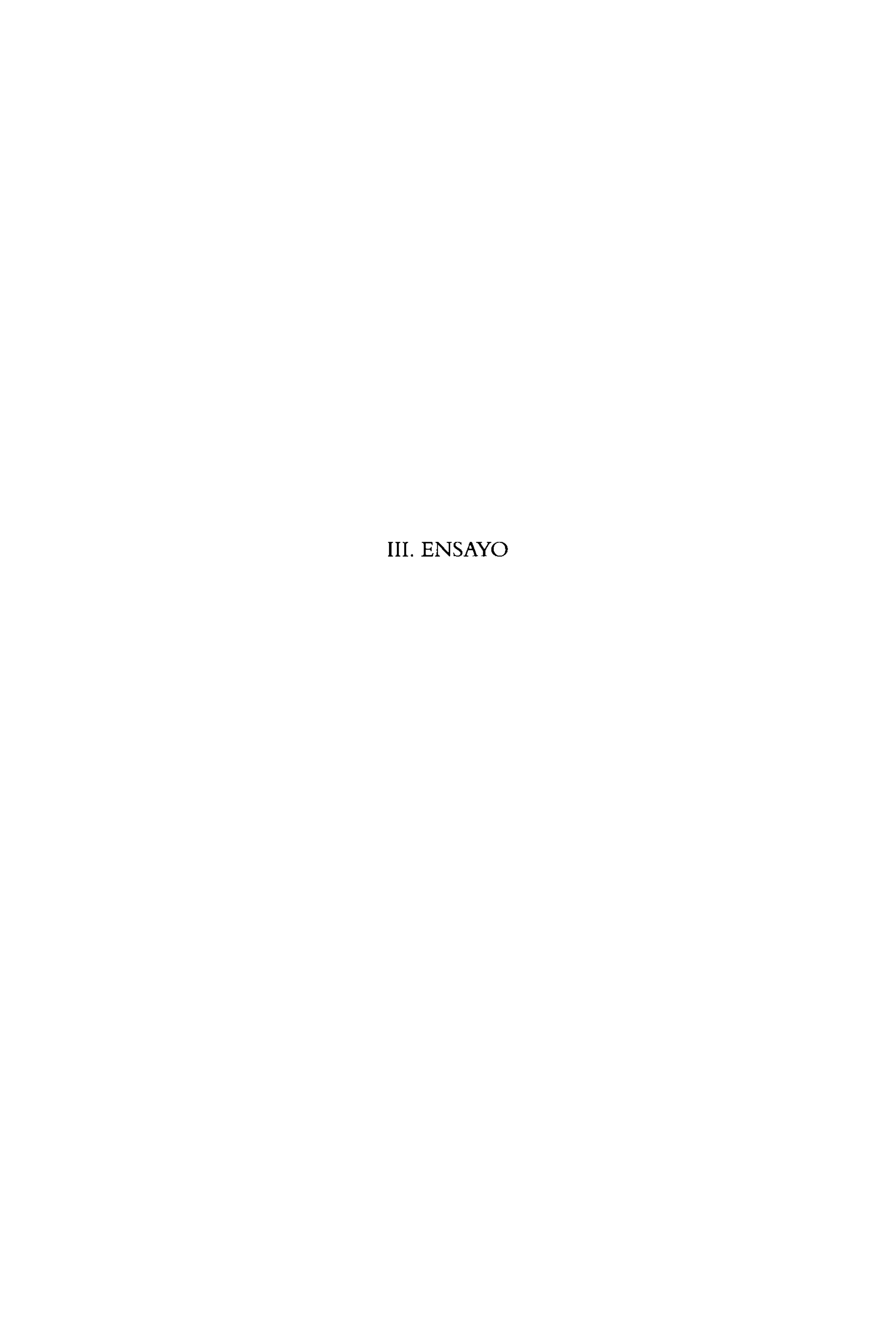
-D. Q. —le dije— está retratado en este viejo libro: Escuchad. «Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada —que en eso hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben— aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana».


Tom. 3
Pag. 194
Antonio Carnicero lo inv.to y dibuxo
Juan Barcelon lo Grabó en Madrid






EL INGENIOSO
HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA
MANCHA.



III. ENSAYO

HÉRCULES Y D. QUIJOTE[1]

Un notable escritor y poeta, que por cierto es de la familia de Castelar, me refiero a don Mariano Miguel de Val, dice lo siguiente:

> Es un libro que está por hacerse, a pesar de lo agotado que parecía el tema: Hércules y Isleño, precursores del valeroso hidalgo Don Quijote y de su escudero Sancho. Hércules, libertador de los oprimidos, amparo de los débiles, castigo de los tiranos y espantos de los monstruos, tiene tales analogías con el ingenioso hidalgo de la Mancha, que hasta la protección de Palas Atenea, diosa de la sabiduría, parece sentar el principio de que también al hijo adulterino de Júpiter le sorbieron el seso los libros, más o menos de caballerías.

La comparación de Don Quijote con Hércules me parece nueva e ingeniosa. La de Sancho y Sileno la había hecho ya el gran Hugo en un capítulo de su *William Shakespeare.*

> En Cervantes —dice—, un recién llegado entrevisto en Rabelais, hace decididamente su entrada; en el buen sentido. Se le ha percibido en Panurgo, se le ve de lleno en Sancho. Llega como el Silenode Plauto, y él también puede decir: Soy el Diosmontado sobre un asno.

El señor de Val busca los puntos de semejanza en los dos héroes. Hércules, en su destierro, condenado por Anfitrión, rey de Tebas, ha-

[1] Apareció, seguramente, en *La Nación* de Buenos Aires; pero fue tomado del volumen *Letras* (1911, pp. 141-47). El artículo de Mariano Miguel de Val (1875-1912) no se ha localizado. Este poeta y prosista español colaboró en diarios de la época. Fundador de la revista literaria *Ateneo* (1906), fue autor de ensayos diversos y de los poemarios *Edad dorada* (1905) y *El siglo de las glosas* (1911), además de cercano amigo de Darío. Este le dedicó una semblanza.

ciendo vida pastoril, y don Quijote, enamorado y poeta, en Sierra Morena. En las «salidas» hubo indudablemente muchos «trabajos»; las aventuras de los molinos de viento, en la venta, lo del yelmo de Mambrino, la liberación de los presos, el caballero del bosque, los leones, a los cuales se pueden agregar el descenso a la cueva de Montesinos, los batanes, los cuadrilleros, el barco encantado y tantos otros momentos de la vida heroica del caballero de los caballeros.

Todo esto, desde cierto punto de vista, es comparable con las hazañas del esposo de Deyanira. Mas, a mi entender, la psicología, digamos así, de los dos personajes, es absolutamente distinta. Además, Don Quijote es inseparable de Rocinante. Es el «caballero». Diríase que sin su caballería está incompleto. Cuando no va en Rocinante hacia el heroísmo, va en Clavileño hacia el ensueño. Hércules no cabalga. La única vez que usa de corceles es cuando ya consumido su cuerpo por las llamas en la cumbre del Ceta, en soberbia apoteosis, y bajo su olímpico aspecto de inmortal, asciende, por orden de Júpiter, hasta los astros, en un carro tirado por una cuadriga:

Quem pater omnipotens Inter cava nubila raptum
Quadrijugo curro radiantibus intuli astris.

Podríase comparar don Quijote, a ese respecto, con Belerofonte, con Perseo, ambos jinetes de Pegaso y sublimes caballeros andantes. Cervantes cita poco a Hércules. En la primera parte del *Quijote,* cuando habla de las lecturas del héroe, dice:

> Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán el encantado. Valiéndose de la industria de Hércules, cuando Ahogó a Anteón, el hijo de la Tierra, entre los brazos.

Hércules es el prototipo de la fuerza bruta, aunque, según las palabras de Muller, «lo heroico-ideal está expresado con la mayor fuerza en Hércules, quien fue preminentemente un héroe nacional helénico. Su semejante bíblico es Sansón. Don Quijote es el Espíritu cabalgante, el Ideal caballero. Otros hay que pudiéranse nombrar a su respecto: el ya dicho Perseo, San Jorge, Santiago, Astolfo y todo Poeta que monta en Pegaso.

Don Quijote es casto. Hércules es tan lascivo como Pan. En el canto en que Deyanira se dirige a su esposo en las *Nereidas,* de Ovidio,

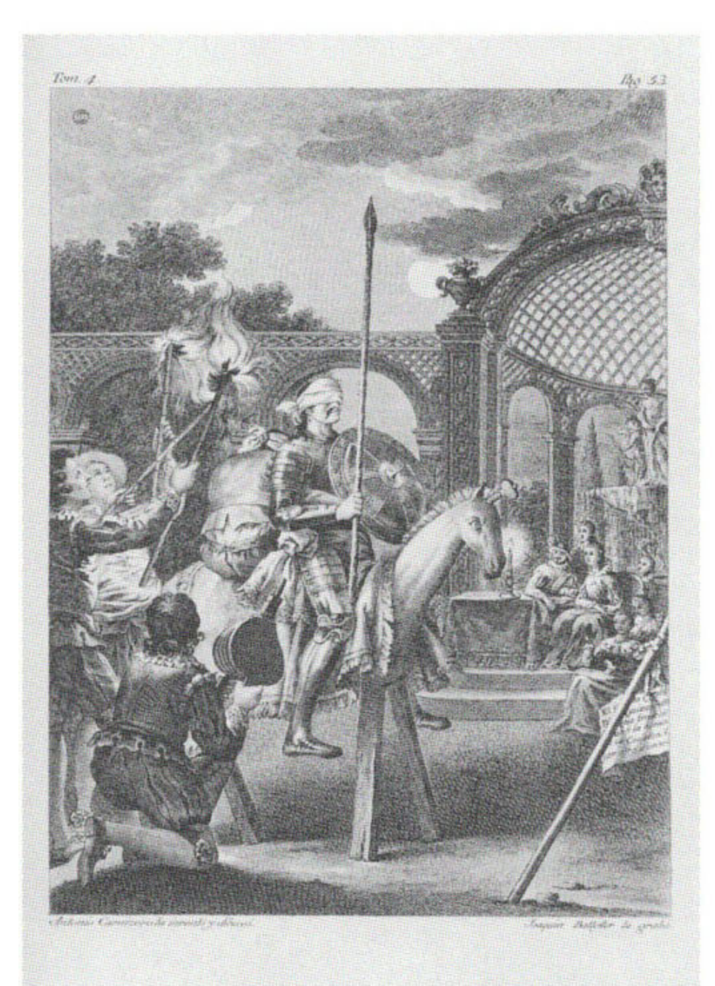
ella enumera alguna de las eróticas fazañas del *formidable marcheur.* Le habla de sus amoríos errantes y variados. «Cualquier mujer, le dice, puede ser madre por obra tuya». Le recuerda la violación de Angea y el «pueblo de mujeres» nietas de Teutra, de las cuales gozó, y la tremenda Onfalia, que afemina al beluario, y le hace hilas a sus pies como a una esclava. Don Quijote no encuentra siquiera a Dulcinea y no se deja tentar por la carne, siempre con el alma de hinojos ante la figura soñada. Hércules, por fin, es el semidiós medio bandido, y don Quijote, aunque él asegure al compararse con don San Jorge y don San Diego y otros caballeros canonizados por ellos pelearon a lo divino y él a lo humano a los humanos, es un paladín medio santo.

¿Y Sancho y Sileno? Ya hemos visto como Hugo hace la comparación en su libro sobre Shakespeare. Sancho es también inseparable de su asno. Recordaré el párrafo del admirable capítulo:

> Llega como el Sileno de Plauto y él también puede decir: Soy el Dios montado sobre un asno. La cordura en seguida, la razón muy tarda; es la historia extrema del espíritu humano. ¿Qué de más cuerdo que todas las religiones? ¿Qué de menos razonable? Morales verdaderas, dogmas falsos. La cordura está en Homero y en Job: la razón, tal como debe ser para vencer los prejuicios, es decir, completa y armada en guerra, no estará sino en Voltaire.
>
> El buen sentido no es la cordura y no es la razón. Es un poco de lo uno y un poco de lo otro, con un matiz de egoísmo. Cervantes lo pone a caballo sobre la ignorancia, y al mismo tiempo, acabando su irrisión profunda, da por caballería al heroísmo la fatiga. Así muestra, el uno después del otro, el uno con el otro, los dos perfiles del hombre y las parodias, sin una piedad para lo sublime que para lo grotesco. El hipógrifo llega a ser Rocinante. Detrás del personaje ecuestre, Cervantes crea y pone en marcha el personaje asnal. Entusiasmo entra en campaña. Ironía sigue al paso. Los altos hechos de don Quijote, sus espolazos, su gran lanza enderezada, son juzgados por el asno, perito en molinos. La invención de Cervantes es magistral, hasta el punto que hay entre el hombre tipo y el cuadrúpedo complemento, adherencia estatuaria, el razonador como el aventurero hace un solo cuerpo con la bestia, que le es propia, y no se puede desmontar ni a Don Quijote ni a Sancho Panza.

El asno de Sancho es silencioso y paciente, el asno del Sileno de Plauto está dotado del don de la palabra, como el de Balaan, como el que dialoga en Turmeda, como el que habla largamente al filósofo

Kant en —el poema de Víctor Hugo. El asno ha tenido insignes cantores, desde Grecia y Roma, hasta Daniel Heisius, hasta Hugo, hasta nuestro bueno Lugones. Cierto es que el dulce animal de las largas orejas, además de conducir a Sancho y a Sileno, sirvió de caballería triunfal al Señor de Amor en su entrada a Jerusalén.



Antonio Carnicero lo inventó y dibuxó. *Joaquin Ballester lo grabó.*



Antonio Carnicero lo inv.t y dibuxó. Francisco Martinez lo Grabó en Madrid 17..


Tom. 4.
Pag. 101.



Antonio Carnicero lo inv.to y dibuxó Francisco Muntaner lo Grabó en Madrid

IV. CRÓNICA
[Anotación de Günther Schmigalle]

En tierra de D. Quijote[1]

Argamasilla de Alba, febrero de 1905.

Se acercan ya las fiestas del centenario del libro admirable de España[2]. ¿Qué mejor que una excursión por las tierras en que se encuentra aquel lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiso acordarse el gran Manco[3]? Me puse, pues, en camino[4] en el tren que de Madrid conduce a Ciudad Real. Las reminiscencias cervantinas se impusieron desde el comienzo. Entre dormido y despierto oí gritar el

[1] *La Nación,* 9 de abril de 1905, p. 4. Firma: RUBÉN DARÍO.

[2] El 5 de mayo de 1905 se celebró en España el tercer centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote.* «España ha solemnizado en este mes de mayo, con toda la pompa nacional posible, el centenario de Cervantes, el más grande de sus hijos y al cual debe más honra y pro que a todos sus ilustres capitanes. El Gobierno, las academias, los institutos científicos, las sociedades literarias, la aristocracia, la burguesía, el pueblo, todo Madrid, en suma, y con él todo el mundo civilizado, celebraron y celebran aún en estos momentos al divino Manco, que con sal de lágrimas hizo sal de ingenio altísimo, sal de divertimiento, sal de risa y de imperecedera enseñanza y sabiduría. Algunos cervantistas, de los más enamorados del genio, hicieron asimismo la piadosa romería a Alcalá de Henares, con la misma devoción y el mismo amor con que los enamorados de Shakespeare van a Stratford» (Nervo, «29 de mayo de 1905», *OC,* vol. 1, p. 1136). «Poco tiempo después, el Gobierno de Nicaragua, nos nombró a Darío y a mí, para representarlo, en las fiestas del Tercer Centenario del Quijote, en Madrid» (Vargas Vila, *Rubén Darío,* 1923, pp. 75-76).

[3] «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme» es el inicio del *Quijote* (Cervantes, *Don Quijote de la Mancha,* vol. 1, p. 35).

[4] Para el título de esta crónica —y posiblemente para la idea misma del viaje a la Mancha—, RD se inspiró de un libro publicado en Francia cuatro años antes: *Au Pays de Don Quichotte,* de Auguste-F. Jaccaci. La versión original inglesa se había publicado anteriormente: *On the trail of Don Quixote, being a record of rambles in the ancient province of La Mancha,* y años más tarde salió también una traducción española, con el título *El camino de Don Quijote. Por tierras de la Mancha.* El viaje y el libro de Jaccaci fueron inspirados, a su vez, por la edición del *Quijote* publicada por la Real

nombre de la estación de Esquivias[5] y recordé que fue allí donde don Miguel se casó[6]. Todos estos lugares los recorrió también como recaudador de alcabalas[7]. Pensando en la agitada vida suya, llegué por fin a Ciudad Real, villa famosa antaño y hoy centro de las órdenes militares de España. Mi primera impresión fue la de encontrarme en una de esas viejas ciudades que nos dejó la colonia y que aún ostentan su vetustez venerable en el centro de nuestras repúblicas. Casas a la antigua, calles mal empedradas y estrechas, restos de muros y una antiquísima puerta en la cual existe cierta inscripción indescifrable. Como en Bruges la muerta[8], vi en las callejuelas mujeres que hacen su labor al aire libre. El ambiente era de paz antigua[9]. Grande fue mi

Academia Española en 1819, que contenía, en su prefacio, un mapa de la Mancha con el itinerario del protagonista. Citaremos a Jaccaci en la versión española, corrigiéndola en algunos casos cuando se aleja demasiado del texto original inglés. Augusto Floriano Jacasi (1857-1930), pintor y artista, nacido en París en 1857, ciudadano estadounidense a partir de 1888, fue durante varios años editor artístico del *Scribner's Magazine* de Nueva York, donde publicó numerosos artículos. Editó, junto con John La Farge, la obra *Noteworthy Paintings in American Private Collections.*

[5] Esquivias, «municipio de la provincia de Toledo, con 386 edificios y 1.721 habitantes (*esquivianos*) en 1910. Se compone únicamente de la villa de su nombre... Vivió en esta villa durante algunos años el inmortal autor del *Quijote*» (*Enc. Univ.*, vol. 22, p. 404). «En 1905 visita Esquivias, en una especie de peregrinación cervantina, homenaje que José Nogales dedica a Cervantes en el año del centenario del *Quijote*» (Rodríguez Castillo, 1999, p. 98).

[6] El 12 de diciembre de 1584, en la iglesia Santa María de la Asunción de Esquivias, Cervantes contrajo matrimonio con Catalina de Palacios y Salazar, una joven de diecinueve años, natural de Esquivias (Fernández de Navarrete, 1819, p. 68).

[7] «Antiguo impuesto, consistente en un tanto por ciento de las mercancías que se vendían o permutaban» (*Enc. Univ.*, vol. 4, p. 205). «Es verosímil que Cervantes presenciase alguno de estos sucesos cuando en aquellos años andaba desempeñando sus comisiones por varios pueblos del reino de Granada, especialmente la que le confió Felipe II para recaudar las tercias y alcabalas que se debían allí a la Real hacienda» (Fernández de Navarrete, 1819, p. 81).

[8] Georges Rodenbach (1855-1898), figura principal del simbolismo belga, describió en su novela *Bruges-la-morte* (1892) los canales, las lluvias y las brumas de la ciudad flamenca y la convirtió en un lugar privilegiado de la sensibilidad finisecular, muy presente en la mente de RD y de otros autores de su tiempo. Sobre el mito de la ciudad muerta en la literatura del fin de siglo, ver Hinterhäuser, 1977, pp. 45-76.

[9] «Todo parecía extraordinariamente tranquilo; las calles, tortuosas, estrechas, conducían a la desierta plaza: el corazón del pueblo. Sobre el alma del viajero caía esa opresión de silencio que nos agobia en las ciudades árabes» (Jaccaci, 1918, p. 16).

sorpresa al encontrarme con que en la capital manchega hay un hotel muy confortable, y que como en casi todas partes de España, Ciudad Real ilumina su vejez con luz eléctrica[10]. Mayor fue aún la de recibir una inesperada visita. ¿De qué hablé con el visitante? De Bach, de Wagner, de Verlaine, de Rodin, de Luganes [sic][11], de Amado Hervo [sic][12]. Mi interlocutor era un ciudadano intelectual de los grandes centros, ave rara en estas regiones de la tostada Castilla. Poeta él mismo, lleno de afabilidad y de cultura, músico, amante de la pintura, alma, en fin, del más bello leonardismo. Luis Barreda[13], conde de Treviño, me hizo pasar gratos momentos durante mi corta permanencia en aquella población. Visité el palacio de la diputación provincial, que nada tiene de particular, como no sea el verse ya allí de manifiesto el orgullo de los compatriotas de D. Miguel de Cervantes Saavedra. El conserje es impagable. «Señor: me he leído el *Quijote* cinco veces». Su erudición cervantesca y quijotina, en verdad, es larga y muy expansiva. Vi de notable un plafón firmado por un pintor de la ciudad, llamado Andrade[14]. En un fondo gris, de visionario ensueño, se destaca la figura del ingenioso hidalgo y de su ilustre escudero, entreviéndose vagamente en derredor escenas del famoso libro. La sobrina hace su auto de fe: los duques acogen al caballero, Camacho celebra sus bodas, Claviteño [sic][15] va por los aires, maravilloso hipogrifo. En la sala de conferencias hay un cuadro que representa a *Don Quijote* tirado

[10] «La ciudad está alumbrada por gas y electricidad y suministra este último fluido a otros municipios cercanos» (*Enc. Univ.,* vol. 13, p. 557).

[11] Por «Lugones».

[12] Por «Nervo».

[13] Luis Barreda (1874-1938), nacido en Santander, poeta regionalista, melancólico y sentimental. Colaboró en *El Nuevo Mundo,* de Madrid, *La Ilustración Ibérica,* de Barcelona, y otros muchos diarios y revistas. Viajero incansable por España y Europa, publicó los siguientes libros de poesía: *Cancionero montañés* (1898), *Cántabras* (1900), *Valle del Norte* (1911), *Roto casi el navío* (1915), *Romancero de Carlos Quinto* (1919), *Loa del cardenal Cisneros* (1917), *El báculo* (1923).

[14] Ángel Andrade (1866-1932), pintor. La Diputación de Ciudad Real lo pensionó para que estudiara en Madrid. Entra en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando (1884). Con otra ayuda de la misma institución se va a Italia. Obtiene varias medallas de plata en la Exposición Nacional de Bellas Artes. En 1890 asesora la construcción del Palacio de la Diputación.

[15] Por «Clavileño».

por el molino. Lo firma Carlos Vargas [sic][16]. A mi entender, este asunto lo ha tratado mejor que nadie mi eminente amigo Moreno Carbonero[17]. Hay en el palacio otros cuadros de muy escaso mérito, mas insisto en observar que reina por todas partes la gloria del más grande de cuantos escritores ha producido esta nación fecunda.

Hice un paseo a la cercana población de Marcos, donde existe una célebre y milagrosa virgen de piedra, en cuya iglesia he visto la más extraña colección de ingenuos exvotos de cera que pueda suponerse. No hay más curiosidades que restos de antiguas construcciones moriscas, un aljibe y el pintoresco paisaje que cerca de una fábrica vecina une abruptas rocas, altos álamos y las aguas del Guadiana, recogidas en una especie de lago artificial que se derrama en cascada sonora y cristalina. Cerca de la ribera, unos mozos cantaban coplas de la tierra, acompañándose con la inseparable guitarra. El cielo azul, el aire frío. Por la carretera, las mulas de un carro trotaban, haciendo sonar sus cascabeles.

* * *

De Ciudad Real tomé el tren para Argamasilla de Alba[18]. Acompañábame un joven y brillante escritor de la corte, D. Pedro

[16] Referencia al cuadro «Aventura de los Molinos de Viento» (1898, 250x201, óleo sobre lienzo), del pintor Carlos Vázquez (1869-1944).

[17] José Moreno Carbonero (1860-1942), pintor de historia, de género y notable retratista. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1878, obtuvo una segunda medalla por su cuadro *Una aventura del Quijote,* que fue adquirido por el Gobierno. Pintó otros cuadros notables inspirados en asuntos del *Quijote.*

[18] Argamasilla de Alba, a 15 kms. de Alcázar de San Juan, tenía en aquel tiempo 3.505 habitantes. «Muéstrase en Argamasilla la llamada *casa de Medrano* o cárcel en que la tradición (desmentida por los trabajos de Apráiz y otros cervantistas) supone que Cervantes estuvo preso y escribió allí su *Quijote*» (*Enc. Univ.,* vol. 6, p. 60). Argamasilla figura, sin embargo, en el *Quijote:* en el último capítulo de la primera parte, antes de citar los supuestos epitafios del protagonista, se mencionan «los académicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha», frase que dio lugar al siguiente comentario, de Francisco Rico: «La ubicación de una Academia literaria en Argamasilla —sea esta la de Alba o la de Calatrava— es meramente burlesca y solo sirve para crear el contexto en que se van a situar los poemas y los nombres ficticios de los poetas autores de estos epitafios» (Cervantes, *Don Quijote de la Mancha,* vol. 1, p. 592).

González Blanco[19], que hubo de compartir conmigo las premisas y dificultades del molesto viaje. Aconteció que nos encontramos con que la estación de Argamasilla se halla a unos tres o cuatro kilómetros del pueblo y que no existe más vehículo para la conducción que ciertos infames carritos, en uno de los cuales tuvimos que ir entre atados de pellejos y sacos de bacalao. Me consolé con que el carretero era un genuino e incomparable tipo de Sancho Panza. Mejores mofletes y mejor barriga no hallaron en sus modelos, ni Moreno Carbonero, ni Jiménez Aranda[20], ni Doré[21], ni Urrabieta Vierge[22]. Sus maneras, sus decires, su modo socarrón y el gesto y el apetito con que devoraba un gran chorizo y empinaba la bota, diríanse los mismos del personaje que legisló en la Insula Barataria. Tardamos como más de una hora en llegar a la población, zangoloteados en el primitivo carro que tiraban mulos impacientes. Íbamos en una nube de polvo. La carretera se extiende entre dos inmensas llanuras que en puntos hacen horizonte y que dan una sensación de aridez y de sequedad tan solamente comparables, me imagino, a lo que se debe experimentar

[19] Pedro González-Blanco (1879-1961), escritor y periodista vinculado a los círculos modernistas, uno de los fundadores de la revista *Helios.* Pronunció más de quinientas conferencias y escribió diversos ensayos sobre historia y literatura. En algunas de sus últimas obras —*Vindicación y honra de España* (1944), *Conquista y colonización de América por la calumniada España* (1945) o *Martín Alonso Pinzón, verdadero descubridor de América* (1945)— defendió apasionadamente la trascendencia de la labor colonizadora de España. En 1905, año de la presente crónica, Pedro González Blanco se casó con doña Crescencia Alcañiz, y en 1908 se trasladó a Latinoamérica.

[20] José Jiménez Aranda (1837-1903), pintor español que estudió en Sevilla y en Madrid y tuvo mucho éxito en Roma y París.

[21] Gustave Doré (1832-1883), artista francés que se hizo famoso con sus ediciones ilustradas de las obras maestras de la literatura universal, entre ellos, Byron, Dumas, Montaigne, Dante, Perrault, Chateaubriand, Milton, la Biblia, Hugo, La Fontaine, Tennyson, Coleridge, Ariosto y Poe. El *Don Quixote* ilustrado por él fue publicado en 1863.

[22] Daniel Urrabieta Vierge (1851-1904), artista español, radicado en París desde 1869, genial ilustrador de libros y de revistas, amigo de Victor Hugo, de quien ilustró *Los trabajadores del mar, El hombre que ríe, Los miserables* y *El año terrible.* Entre sus trabajos más importantes cuentan sus ilustraciones para una edición del *Quijote* publicada en Nueva York en 1896 (y posteriormente en París en 1910); y una colección de 122 dibujos realizados durante un viaje por La Mancha, publicados después en el ya citado libro *On the trail of Don Quixote,* y también en la versión francesa del mismo.

en los vastos desiertos africanos[23]. Pienso en cómo deben ser aquí las feroces canículas, los tórridos soles que derritieron la sesera[24] a D. Alonso Quijano el Bueno. Estas extensiones dan idea de infecundidad, a pesar de que uno sabe que heridas todavía por el antiguo arado fenicio se cubren de trigales y dan pingües cosechas. Yo recordaba un tanto nostálgico la visión halagadora de las fragantes pampas argentinas, los verdes trebolares que se mueven como lagos, la negra tierra preñada de beneficios, los horizontes que vibran al resonar las trompas de los toros. Aquí de cuando en cuando, a lo lejos, se ve un pastor que conduce su rebaño de cabras entre los terrones removidos y en un ambiente de melancólica tranquilidad.

En Argamasilla de Alba, no existe fonda ni cosa por el estilo. Hay que ir a la posada[25] con los arrieros o ser hospedados por algún particular. A mí me recomendaron a la madre del sastre del pueblo, que se llama como la mujer de Sócrates, Jantipa y como media España,

[23] «El tren corría por estos paisajes africanos. La llanura, con vegetación del color del suelo, aparecía desolada bajo el cielo azul lleno del cruel esplendor del sol de mediodía. Ni pueblos, ni casas, ni un solo signo de vida que diera animación a este tórrido desierto» (Jaccaci, 1918., p. 17).

[24] «Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera» (Cervantes, *Don Quijote...*, vol. 1, p. 48).

[25] Jaccaci se hospedó en la posada (*Parador del Carmen*), y la describe de la siguiente manera: «La primera impresión del Parador del Carmen fue de agrado para mis sentimientos de Quijote; pues era esta posada extraño lugar, lo más pintoresco que puede imaginarse; de tal modo, que, repentinamente, pasé de la civilización del siglo XIX a la vida de otros días muy remotos, alcanzando a ver, probablemente, en el fondo de ella, pues tuve ocasión de presenciar escenas muy pintorescas y muy lejanas de estos tiempos. La primera sensación material, al pasar de la claridad deslumbrante de la calle al interior sombrío, fresco, lleno de tranquilidad, fue igualmente agradable para mí. Esta posada, como todas las demás, había heredado su disposición, y aun su vida, de sus antepasados los moros. La casa era de diversas épocas, componiéndose de una serie de irregulares construcciones, levantadas siempre en torno al amplio corral. La estancia en que me hallaba, era, al parecer, el centro de toda la actividad del hostal. Paredes y pilares, en profusión, pintados de azul y rojo; arcos abiertos inopinadamente en gruesos muros; perspectivas no muy agradables; oscuros huecos, de donde salía un hedor insoportable. El techo lo formaban retorcidos troncos, puestos paralelamente, engalanados con telarañas, ennegrecidas por el humo. Millares de moscas zumbaban una sinfonía, interrumpida a intervalos por el roncar acompasado y rotundo de varios hombres tirados en un rincón, cuando no por el persistente mascullar de las bestias en los establos» (Jaccaci, 1918, pp. 28-30).

Parera. ¿Cómo referiros la exigüidad de sus recursos y la revolución causada con mi presencia en aquella casa mantenida como seguramente se mantenían las de hace tres y cuatro siglos? Desde luego, se me pidió que indicase lo que quería comer. Yo le dije a Jantipa que me conformaba con una olla de algo más vaca que carnero, salpicón, duelos y quebrantos, lentejas y algún palomino de añadidura[26]. Jantipa se puso las manos en la cabeza y me manifestó, que a lo más me serviría un ajo de patatas y abadejo[27] a la arriera, huevos pasados por agua, gachas y algún chorizo de su matanza[28]. Protesté y mi protesta ocasionó el agregado de un pollo, todo lo cual y un vinillo blanco sin clasificar me fue servido sobre dudosos manteles y ante las tijeras y la medida, que atestiguaban la profesión del hijo de la vida [sic][29] socrática.

Llevaba carta de presentación para un señor hidalgo que me resultó bachiller y letrado. Fue excelente y eficaz. Me condujo por la villa, y gracias a él conocí todas las calles y rincones del lugar que inmortalizó Cervantes, por quererlo olvidar. Conocí al cura y al barbero[30]. Conocí la casa en que habitó el bachiller Sansón[31], hoy pro-

[26] «Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda» (Cervantes, *Don Quijote...*, vol. 1, pp. 35-36).

[27] «A dicha, acertó ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman *abadejo,* y en Andalucía *bacallao,* y en otras partes *curadillo,* y en otras *truchuela*» (Cervantes, *Don Quijote...*, vol. 1, p. 53).

[28] Jaccaci, por su parte, «pudo lograr una complicada tortilla. De la oscura despensa, cuidadosamente cerrada, cuya llave guardaba el amo, sacaron las provisiones para este plato suculento: huevos, patatas, cebollas, hierbabuena, perejil, jamón y no sé si algo más. Cuando al fin estuvo hecha, la pusieron en una mesita, y el hambriento Sancho se sentó a comer. Todo el mundo anduvo alrededor, sin perdernos de vista ni a mí ni al plato. ¿Es que el fuerte olor de aceite frito era tan atractivo, o acaso que el extraordinario espectáculo de un hombre comiendo con tenedor y cuchillo no debía de perderse ni un punto? Yo no lo sé; fuese lo que fuese, estas gentes parecían dóciles perros que esperan un hueso para roer» (Jaccaci, 1918, p. 32).

[29] Por «viuda».

[30] «Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en la casa de don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quijote» (Cervantes, *Don Quijote...*, vol. 1, p. 74).

[31] «[...] y, así estando suspenso y pensativo, entró Sansón Carrasco con el ama y la sobrina» (Cervantes, *Don Quijote...*, vol. 1, p. 682).

piedad de la vieja Ventura Torres Carrasco y su primo Polonio, sus descendientes. Conocí también a descendientes del perilustre cura, que por más señas se llamaba Pérez[32]. Y en la iglesia del lugar, que tiene honores de catedral, vi algo que verdaderamente merece atención muy especial. Es un retablo que no tiene el nombre del pintor. Representa una virgen entre dos santos, y abajo hay dos figuras, las de D. Rodrigo de Pacheco y su sobrina Marcela. La cabeza de él sobre la crespa golilla, es del más puro siglo XVI; tiene un poco de Cervantes, de un Cervantes joven y meditativo y un poco del Caballero de la Triste Figura. En cuanto a su sobrina, diré que es del más lindo rostro que poeta pudiera cantar y pintor iluminar de frescos colores. Debajo del cuadro está escrita la leyenda siguiente en anticuadas mayúsculas: «Apareció nuestra Señora a este Caballero estando malo de una enfermedad gravísima, desamparado de los médicos, víspera de San Mateo de 1600. Y, encomendándose a esta Señora y prometiéndole una lámpara de plata, llamándola de día y de noche, de gran dolor que tenía en el cerebro de una gran frialdad que se le ovaló dentro.» Hay que recordar que este D. Rodrigo Pacheco es el mismo que hizo encarcelar a Cervantes, por la razón de que el pobre ingenio vino a cobrarle una suma que debía. Parece que a lo del cobro se agregó el haberse enamorado D. Miguel de la Marcela maravillosa, de cuyo nombre quizá se acordó cuando pintó la figura de aquella pastora tan linda que describe en la novela de las novelas. Con la frialdad que tenía ovalada en el cerebro aquel tío celoso mandó encadenar a Cervantes, que bien pudo tomar algo de él para la creación de su personaje[33].

[32] El cura del *Quijote* se llama Pero Pérez (Cervantes, *Don Quijote...*, vol. 1, p. 74).

[33] «Hay también grandes probabilidades de que el tipo de Don Quijote lo inspirara un tal don Rodrigo de Pacheco, de los viejos hidalgos de Argamasilla en el tiempo de Cervantes, cuando éste anduvo por la villa como recaudador de contribuciones. Tal vez por mandato de don Rodrigo fue encerrado en las cuevas tradicionales el ilustre manco de Lepanto. En la iglesia parroquial, en un altar, se conserva un cuadro viejo que representa a don Rodrigo de Pacheco y su sobrina, arrodillados devotamente ante la virgen, en acción de gracias, por haber atendido al donante en una grave enfermedad, sacándole de ella. Al pie del cuadro hay la siguiente inscripción: «Nuestra señora se apareció a Dn. Rodrigo de Pacheco en la víspera de San Mateo en el año de 1601 curándole de un gran dolor que tenía en el cerebro de una gran frialdad que se le cuajó dentro...» (Jaccaci, 1918, pp. 59-60).

Visité la casa que fue cárcel de Cervantes[34], donde se engendró aquel «hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno.»[35] Es propiedad del Sr. D. Ramón Noblejas, quien la tiene en arriendo a un señor Montalbán, yerno suyo[36]. En verdad os digo que causa pena y disgusto el ver el estado

[34] «La gloria principal de Argamasilla es la casa de Medrano, una sólida casa de piedra, cuya distribución probablemente es la misma que cuando Cervantes estuvo encerrado en sus cuevas. Es casi seguro que fue allí donde se hubo de imaginar el libro que "se engendró en una cárcel". El subterráneo tiene unos 25 pies de largo por ocho de ancho y siete de altura; en lugar de ventana hay un agujero; pero cuando la puerta que da entrada, en pie aún, con sus ensamblajes herrados, se cierra, es tan absoluta la oscuridad, que desaparece la suposición de haber podido Cervantes escribir allí. Pero esto no debe decirse a los de Argamasilla. Solo tal duda es una injuria para ellos. Cervantes ha dicho que este libro, "hijo del entendimiento", fue concebido en una prisión. No han necesitado más los de Argamasilla de Alba para afirmar que todo el libro, con la segunda parte, sacada a luz diez años después de publicada la primera, fue escrito en los subterráneos de la casa de Medrano» (Jaccaci, 1918, pp. 54-55). Fernández de Navarrete se refiere a esa tradición popular, en su biografía de Cervantes publicada bajo los auspicios de la Real Academia Española: «Lo mas singular es que en Argamasilla se ha trasmitido sucesivamente de padres a hijos la noticia de que en la casa llamada de Medrano en aquella villa estuvo la cárcel donde permaneció Cervantes largo tiempo, y tan maltratado y miserable, que se vio obligado a recurrir a su tío D. Juan Bernabé de Saavedra, vecino de Alcázar de S. Juan, solicitando su amparo y protección para que le aliviase y socorriese; debiendo ser su situación tan apurada como lo daba a entender el exordio de su carta que decía: *Luengos días y menguadas noches me fatigan en esta cárcel, o mejor diré caverna.* Pero este documento, que se nos asegura haberse conservado hasta nuestros días, ha desaparecido de modo que ha hecho vanas e ineficaces nuestras diligencias para examinarle» (Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra,* pp. 95-96). Investigadores posteriores se han dedicado a demostrar con rigor que Cervantes nunca estuvo cautivo en Argamasilla de Alba.

[35] Esta frase, del prólogo del *Quijote,* se ha comentado de diversas maneras. Francisco Rico apunta que «no se sabe a cuál de las prisiones que sufrió Cervantes (Castro del Río, 1592, y Sevilla, 1597, ¿1602?) se refiere con esta frase, que se ha interpretado también en términos simbólicos», y amplía: «Sobre las prisiones de Cervantes, Stagg se decide por Castro del Río y rebate lúcidamente la interpretación metafórica ...; Rodríguez Marín y Orozco Díaz defienden que se trata de la Cárcel Real de Sevilla, donde Cervantes sufrió prisión... Sorprende que casi nunca se haya tomado en cuenta el cautiverio en Argel: Romero Lozano» (Cervantes, *Don Quijote...,* vol. 1, p. 9 y vol. 2, p. 252).

[36] «Esta casa, con todos sus valiosos motivos para melancólicas evocaciones, es ahora el domicilio de un personaje de la aldea, el cual alterna las funciones de cartero con las de maestro de obra prima» (Jaccaci, 1918, p. 57).

en que se mantiene esa propiedad[37], que debía pertenecer al estado y ser visitada como se visita la casa de Shakespeare en Straford-on-Avan [sic][38], y la casa de Víctor Hugo en París. Encontré a unas sórdidas viejas guardadoras, que me indicara [sic][39] la cueva que fue prisión de Cervantes. Descendí guiado por un chico, entre polvo y suciedad. Es aquello un palomar y un reino de ratones. Allí hay plumas, fiemo, zapatos viejos. Se ve el agujero del cepo a que estuvo atado Cide Hamete Benengeli. En cuanto al cepo mismo, una de las parcas me explicó la desaparición. «Lo quemó la tía Martina para hacer arrope[40]». Ahora, felizmente, se trata de que el gobierno compre la finca, con motivo de la celebración del centenario y la declare monumento nacional. Salí del histórico recinto a tiempo de presenciar el más inaudito de los crepúsculos. He visto crepúsculos de luz verde, de luz diluida y oniprismática [sic][41] como en Venecia; crepúsculos furiosos de nuestros trópicos; crepúsculos suaves, delicados, tenues; crepúsculos taciturnos; crepúsculos africanos de Tánger; crepúsculos vaporizados de costas levantinas, ensueños de color.

Mas esta fiesta de sangre y ceniza, este incendio violento de los lejanos horizontes, esta cruel magnificencia solar, triunfos y rompimientos incomparables, púrpuras celestes, gama de todos los osos [sic][42], supremo imperio del poniente, me impresionaron como en ninguna parte. Creí ver perfilarse sobre la inmensa dorada extensión la figura del príncipe de los soñadores y la del estupendo escudero, la una sobre Rocinante y la otra sobre el rucio. A lo lejos se oía el canto de un labriego. Entre dos rojos monaguillos, bajo un gran paraguas que tenía una cruz por remate, pasó el cura, llevando el viático a un enfermo. Todos los hombres que estaban en la puerta de una posada se pusieron de rodillas. Sonó la campana de la iglesia y yo me retiré en

[37] «No quedan de ella más que las cuatro paredes. Un incendio la ha destruido toda. Cuando la vimos, en 1914, era un solar» (Nota del traductor, en: Jaccaci, 1918, p. 57).

[38] Por «Stratford-on-Avon».

[39] Por «indicaron».

[40] Arrope, «mosto cocido hasta que toma consistencia de miel» (*Enc. Univ.*, vol. 6, p. 427).

[41] Por «omniprismático».

[42] Por «oros».

la dulzura de la tarde, repitiéndome estos versos del sutil poeta Manuel Machado[43]:

La hija callaba
Y se sonreía.
Divino silencio,
Preciosa sonrisa
¿Por qué estáis presentes
En la mente mía?
La venta está sola.[44]
Maritornes guiña
Los ojos durmiéndose.[45]
La ventera hila.
Su mercé el ventero
En la puerta atisba
Si alguien llega. El viento
Barre la campiña.
Al rincón del fuego
Sentada la hija,
Pensando en los libros
De Caballerías
Con sus ojos garzos
Ve morir el día.
Tras el horizonte
Parda y desabrida
La Mancha se hunde
En la noche fría.

Así llego a la casa de Jantipa, que prepara afanosa la parca cena. En la ciudad hay un periódico y ha venido el redactor a visitarme. Entre

[43] Se trata del poema «La hija del ventero», inspirado por el capítulo XVI de la primera parte del *Quijote* y publicado originalmente en el volumen *Caprichos* (Machado, *Poesías*, pp. 66-67).

[44] «Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardía» (Cervantes, *Don Quijote*..., vol. 1, p. 172).

[45] «En esta maldita cama se acostó don Quijote, y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana» (Cervantes, *Don Quijote*..., vol. 1, p. 168).

él, el barbero, el cura y el boticario y junto con el médico, que es culto y muy amable, creo que forman la intelectualidad del pueblo.

Charlamos por largo rato, sobre todo acerca de la disputa que hoy se inicia entre Alcalá de Henares y Alcázar de San Juan, sobre si Cervantes nació en una o en otra de dichas poblaciones. Ya él lo había previsto cuando dijo: «Guárdate pluma mía para que los pueblos y lugares de la Mancha se disputen la gloria de haberme mecido»[46]. El caso es igual al de Homero, y el ingenioso hidalgo D. Miguel de Cervantes Saavedra, ya se ve que tenía plena confianza de su inmortalidad. Me ocuparé de este asunto más largamente en mi próxima carta, y expondré los argumentos en que fundan sus razones unos y otros contendientes[47]. Pasé parte de la noche releyendo las famosas aventuras del Caballero, oyendo el reloj de la vecina iglesia dar con una campana de voz antigua las horas. La del alba sería[48] cuando me desperté.

[46] Cita no localizada.

[47] Se refiere a la crónica «La cuna del manco», en la cual Darío, sin embargo, expone únicamente los argumentos a favor de Alcázar de San Juan.

[48] «La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo» (Cervantes, *Don Quijote*..., vol. 1, p. 62).

La cuna del manco[1]

Madrid, marzo de 1905.

Como he dicho ya, se vuelve, a propósito del centenario del *Quijote,* a renovar la vieja cuestión de: dónde nació el grande hombre de España[2]. Digo vieja cuestión, porque en un libro de mediados del pasado siglo, he leído lo siguiente: «Miguel de Cervantes nació en Alcalá de Henares, domingo 7 de octubre de 1547. Aun cuando se ha querido reproducir [la] cuestión sobre su patria, por aparecer en Alcázar de San

[1] *La Nación,* 21 de mayo de 1905, p. 4. Firma: RUBÉN DARÍO.

[2] Originalmente fueron siete las ciudades que compitieron por el honor de haber sido la cuna de Cervantes: Esquivias, Sevilla, Lucena, Madrid, Consuegra, Toledo y Alcázar de San Juan. «El pleito entre las siete localidades pareció un tiempo ganado por Alcázar», nos explica Luis Ricardo Fors, el autor de *Filosofía del Quijote* (1906), «pero se ha fallado después en definitiva contra todas ellas, en virtud de haberse descubierto en los libros parroquiales de Santa María la Mayor, de la ciudad de Alcalá de Henares, la verdadera partida de bautismo de Cervantes... *El libro de redenciones de Cautivos de Argel* y el llamado *Expediente de Sevilla,* ambos de 1580, establecen que el cautivo Miguel de Cervantes es natural de Alcalá de Henares, de treinta y un años e hijo de Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, tal como aparece en la fe de bautismo de Alcalá. En el *Expediente de Sevilla* consta la información hecha en Argel a favor de Miguel de Cervantes, *también natural de Alcalá,* en la provincia de Castilla. Y en la colección de *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos,* del presbítero don Cristóbal Pérez Pastor (Madrid, 1897-1902), se reproduce la petición de puño y letra de Cervantes, fechada en Madrid a 18 de Diciembre de 1580, solicitando información de su pasado cautiverio en Africa y *declarándose natural de Alcalá de Henares,* y comienza con estas famosas palabras: *"Yo, Miguel de Cervantes Saavedra, natural de*

Juan una partida de bautismo de un Miguel Cervantes, en 9 de noviembre de 1588, es una aberración indisculpable. Está probado que Cervantes quedó manco en el combate naval de Lepanto, domingo 7 de octubre de 1571, y mal pudo nacer diez y siete años después de aquel hecho de armas tan glorioso para la nación española. Además, la Academia de la historia, que inquiere cuidadosa los antecedentes de los hombres célebres, tiene reconocida la partida de Alcalá y así lo sienta en la biografía de este escritor publicada en Madrid, 1780»[3]. Lo cierto es que eso de las cunas, desde Homero, tan famoso, ha tenido en España singulares casos. Entre otros, el de fray Luis de León. Y el más peregrino el de un rey, y no de los pequeños: el de Felipe II, nada menos. Los historiadores vallisoletanos dicen que nació en Valladolid. Dorado y otros afirman que en la villa de Villoruela, cerca de Salamanca. Así que no es raro, repito, que el viejo pleito entablado entre Alcalá de Henares y Alcázar de San Juan acerca de en cuál de las dos villas se meció la cuna del creador del *Quijote,* tome caracteres de batalla. Una batalla en que los cañones Maxim quedan substituidos por razones de a folio, a medida que se aproximan los días del inminente centenario[4].

Alcalá de Henares, que estuve cautivo en Argel."» (*Enc. Univ.,* vol. 12, pp. 1359-60). El *Libro de redenciones* y el *Expediente de Sevilla* fueron expuestos, junto con otros documentos cervantinos, en la Exposición Histórico-Europea que se realizó en Madrid en los años 1892/1893, con motivo de las conmemoraciones del cuarto Centenario del descubrimiento de América (Foronda, 1894, pp. 49-52). En otras palabras, en 1905, año del tercer centenario del Quijote, la disputa entre las siete ciudades, y especialmente entre Alcázar de San Juan y Alcalá de Henares, desde hacía tiempo estaba ganada por esta última, y Darío lo sabía perfectamente. Si nuestro poeta, en la presente crónica, reúne únicamente argumentos a favor de Alcázar de San Juan, no creemos que sea «para que los lectores de LA NACIÓN tengan materia sobre qué cimentar sus juicios», como afirma más adelante; tampoco expone «los argumentos en que fundan sus razones unos y otros contendientes», como lo había anunciado al final de su crónica «En tierra de D. Quijote». Más bien quiso, en este caso como en otros, defender una «causa perdida», una causa «anti-académica», y le fascinaba el *furor poeticus* que animaba a los sabios y soñadores que encontró en tierras de la Mancha.

[3] No hemos podido localizar esta obra de mediados del siglo XIX. La última parte de la cita se refiere a la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, y análisis del Quixote,* de Vicente de los Ríos (1732-1779), obra que la Real Academia Española insertó en su edición del *Quijote* de 1780.

[4] El tercer centenario de la publicación del *Quijote* se celebró el 5 de mayo de 1905, «en 115 ciudades españolas, 212 hispano-americanas y 31 extranjeras» (*Enc. Univ.,* vol. 12, p. 1379).

Yo he querido, por mi parte, para completar mis andanzas por las tostadas tierras alcarreñas [sic][5] y complostenses [sic][6], hacer algunas indicaciones en oposición a las tan audazmente conocidas de los Sres. León Máinez[7] y P. Fidel Fita[8], por ejemplo, y allá van a brazadas, para que los lectores de LA NACIÓN tengan materia sobre qué cimentar sus juicios.

Ante todo, quiero hacer una presentación somera del Sr. D. Antonio Castellanos[9]. Don Antonio Castellanos es el paladín, tal como queda dicho, de la causa alcazareña, de los legionarios —César no los contó mejores, ni más convencidos— que se baten por la idea de que Cervantes nació en Alcázar y no en Alcalá. Y son interesantes sus trabajos en ese sentido. Acomete con la historia, con la paleografría [sic][10], con la casuística; acomete con todo lo que halla a mano en archivos y bibliotecas —y ya lo he dicho, es interesante el espectáculo...

Ultimamente se ha valido de la curia. Acompañado de un notario para dar fe de ello, ha obtenido copia de cuantos documentos atañentes a Cervantes y a sus colaterales y progenitores se guardan en los estantes parroquiales de Santa María la Mayor y Santa Quiteria, de la expresada ciudad de Alcázar. Debo a su complacencia el poderlos reproducir. Y allá van en extracto:

[5] ¿Por «alcazareñas»?

[6] ¿Por «complutenses»? «Supónese que Alcalá fue fundada por los griegos; pero es en la época romana cuando empieza a figurar con el nombre de *Complutum*» (*Enc. Univ.*, vol. 4, p. 216).

[7] Ramón León Máinez (1846-¿) es el autor de la *Vida de Miguel de Cervantes* (1876) y de *Cervantes y su época,* (1901-1903). Con ocasión del centenario de 1905, publicó, entre otros, los artículos «El centenario y Alcalá de Henares» (*El Liberal,* 1 de febrero de 1905), y «Los retratos de Cervantes. Ninguno auténtico», *El Liberal,* 9 de mayo de 1905. Ver Grismer, *Cervantes: a bibliography,* p. 98.

[8] Fidel Fita y Colomer (1835-1917), historiador y arqueólogo jesuita, «conocido como insigne epigrafista desde 1866» (Menéndez y Pelayo). Fue sucesivamente correspondiente (1866), académico (1879) y director (1912) de la Real Academia de la Historia, y académico de la de Bellas Artes (*Enc. Univ.,* vol. 23, p. 1605). La conferencia de Foronda, *Cervantes en la Exposición Histórico-Europea,* fue escrita por encargo suyo.

[9] Antonio Castellanos es el autor de *Apuntes sobre la verdadera patria de Miguel de Cervantes Saavedra* (1896, 48 páginas).

[10] Por «paleografía».

«En nueve días del mes de noviembre de mil quinientos y cincuenta y ocho, bautizó el Bachiller Alonso Díaz Pajares un hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de Catalina López, que le puso nombre MIGUEL. Fue su padrino de pila Minchor de Ortega, acompañado Juan de Quirós y Francisco Almendros y sus mujeres de los dichos». Hay una firma que dice: Bachiller Alonso Díaz: está rubricada. Al margen se halla escrito el nombre de Miguel y en el mismo hay una nota de letra diferente y que debió de haber sido puesta con posterioridad y dice: «Este fue el autor de la Historia de Don Quijote[»], cuya nota, según manifestación del requirente D. Antonio Castellanos, fue puesta por D. Blas Nasarre[11], quien revisó los archivos parroquiales de esta región, por orden del señor duque de Hijar.

Se hace constar que examinada con todo detenimiento esta partida por todos los presentes al acto, no aparecen en ella raspaduras ni enmiendas.[12]

[11] Blas Antonio Nasarre y Ferriz (1689-1751), escritor español que publicó una edición, en dos tomos, de las *Comedias y entremeses* de Cervantes (1749).

[12] Ese documento ha sido analizado e interpretado ampliamente, en la primera biografía científica que existe sobre el autor del *Quijote:* «Pero habiendo parecido poco después en Alcázar de San Juan, lugar de la Mancha, perteneciente al gran priorado de Castilla, otra fe de bautismo, por la cual consta que a 9 de noviembre del año de 1558 fue bautizado por el licenciado Alonso Diaz Pajares un hijo de Blas Cervantes Saavedra y de Catalina Lopez, al cual se puso por nombre Miguel, y a cuyo margen se halla anotado, de distinta letra, *este fue el autor de la historia de D. QUIJOTE,* quedó la cuestión aun mas dudosa y complicada, inclinándose muchos literatos recomendables, entre ellos Fr. Alonso Cano, trinitario, a creer era este el autor del QUIJOTE, como lo indicaba el segundo apellido *Saavedra,* que comunmente usó nuestro escritor, y no se descubre en el de Alcalá. Inducía también a este dictamen su predilección a la provincia de la Mancha, la tradición antigua que se conservaba en Alcázar; la nota puesta al margen de la partida, y la exactitud de las descripciones topográficas de este país, en el cual residían familias ilustres de estos apellidos. Así parecía a primera vista; pero examinadas y confrontadas ambas partidas en el año de 1760 por el M. Sarmiento, ya con el contexto de la relación de Haedo, ya con lo que el mismo Cervantes refiere de sus propios sucesos, resultaron de este análisis y combinación las pruebas y demostraciones convincentes, que amplió después D. Vicente de los Ríos, y desvanecieron del todo aquellas sospechas, dejando decidida y terminada la contienda a favor de Alcalá de Henares» (Fernández de Navarrete, 1819, p. 210). Llama la atención, pues, que ya por el año 1760 aproximadamente, la fe de bautismo encontrada en Alcázar de San Juan estaba conocida, publicada, y refutada. No obstante, ciento treinta y dos años después, en 1892/1893, el libro de bautismos de la parroquial de Alcázar fue expuesto nuevamente en la Exposición Histórico-Europea

En el folio setenta y uno, donde resultan extendidas cuatro partidas bautismales, aparece la tercera, que, copiada a la letra, dice: Al margen: «Tomás» y en letra distinta que debió de haber sido puesta con posterioridad, «hermano de Miguel de Cervantes, Quixiote»; al fondo: «En treinta días del mes de diciembre, bautizó el señor licenciado Carrasco, prior de Santa María, un hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de su mujer Catalina López: fueron padrinos de pila el Sr. Dr. Ximénez y el señor contador Oviedo y Francisco López Botica: fueron madrinas (una palabra entre líneas casi ilegible que parece decir Catana), hija de Oviedo y (también entre líneas) Mari Díaz, hija de Francisco López y la mujer del Dr. Ximénez, testigo Juan López».

Hay una firma ilegible para el que autoriza, estando rubricada.

Esta partida es la última de las que aparecen puestas en el año de mil quinientos sesenta.

En el folio ciento cuarenta y siete del mismo libro consta también otra partida bautismal, que es la primera de las cuatro que en él existen, y dice: Al margen: «Leonor»: en la cabeza de la partida, y que parece puesto con posterioridad a la misma: «esta fue hermana de D. Miguel de Cervantes, autor de la *Historia de Don Quixote*[»]: al fondo: «mil quinientos sesenta y seis». En seis días de febrero bautizó el prior padre Pedro Sánchez Galán, una niña de Blas de Cervantes, y de su

de Madrid, causando una profunda impresión entre los sabios y literatos, hasta que la falta de autenticidad de la fe de bautismo de Miguel de Cervantes Saavedra y López, contenida en él, fue comprobada nueva y ruidosamente por un sonado artículo del *Heraldo de Madrid:* «Como una bomba cayó, entre los que habitualmente a la Delegación concurrimos, el artículo que, firmado por el *Doctor Póstumo,* vio la luz pública en *El Heraldo de Madrid* correspondiente al día 23 del pasado Abril [1893]; artículo en el cual, de una manera terminante y precisa, se consigna que el Miguel de Cervantes Saavedra y López no pudo ser ni fue el manco de Lepanto, el cautivo de Argel, el marido de Doña Catalina de Palacios Salazar, el padre de Isabel de Cervantes, el autor del *Quijote,* en fin, sino que el Cervantes y López no llegó a existir, puesto que la partida que aparece en el libro de Alcázar era, no solo apócrifa en su contexto, sino que los caracteres extrínsecos que la informan dejan ver bien a las claras la mixtificación más palmaria, la falsificación más tosca que jamás se dio en casos semejantes» (Foronda, 1894, pp. 41-42). «Este documento» —resume don Luis Ricardo Fors— «ha resultado ineficaz del todo, desde el año de 1893, en que, tras reiterados y prolijos exámenes, se puso de manifiesto la rotura de las hojas y la intercalación anacrónica del asiento transcrito en el libro parroquial de Alcázar de San Juan» (*Enc. Univ.,* vol. 12, p. 1359).

mujer Catalina López: fue su compadre de pila Gonzalo de Alcázar y su mujer Ana de Pérez, acompañados del bachiller Pedro de Alcázar y su mujer, de Catalina Ramírez y Diego Pérez de Taboada y su mujer Marilópez». Se halla autorizada esta partida con una firma que parece decir: [«]Licenciado Díaz, clérigo», estando rubricada. Asimismo y examinando en el libro las tres partidas que figuran al folio ciento noventa y seis, aparece la tercera partida, que copiada literalmente, dice: Al margen: «Francisco», en letra diferente, y que debió haber sido puesta con posterioridad: «hermano de Miguel de Cervantes Quixote»; al fondo: En veinte y ocho días del mes de abril de mil e quinientos e sesenta y ocho años, cristianó Pedro Díaz, clérigo, un hijo de Blas de Cervantes y de su mujer Catalina López, dixose Francisco, fue su padrino de pila Francisco López, boticario, y Marí Díaz, su sobrina, acompañados el bachiller Pedro de Alcázar y Diego Pérez de Taboada y sus mujeres. Firmado: licenciado Díaz de Villamayor. «Está rubricado. Acto seguido y acompañado de los señores requirentes y del señor licenciado D. Pedro Alba Castellanos, nos trasladamos en unión de los testigos que al final se expresan, a la iglesia parroquial de Santa Quiteria de esta ciudad y constituidos en la sacristía de la misma, donde se custodia el archivo parroquial, teniendo presente al señor coadjutor D. Emilio Gallego y Fernández, les expusimos el objeto de nuestra visita, suplicando al señor D. Leopoldo Jaén y Jiménez que tuviera a bien facilitarnos los libros que contuvieran documentos referentes a la familia de Cervantes. El Sr. Jaén, accedió gustosísimo a nuestra solicitud y nos puso de manifiesto los siguientes libros: uno encuadernado en pergamino, en cuya cubierta aparece lo siguiente: «Desposorios, 1854 [sic][13], fin, 1610, libro primero. –Ignacio Lucas, segundo prior.» El libro se halla foliado por hojas, apareciendo en la primera 1854 [sic][14], enero de mil quinientos ochenta y cuatro años. Al folio diez y siete, en donde existen tres partidas de matrimonio, dice la primera, copiada literalmente, lo siguiente, al margen: «Francisco de Poyato, Leonor de Cervantes». Al fondo: «En diez días del mes de septiembre de mil y quinientos y ochenta y seis años, el bachiller Alonso Díaz Pajares, teniente de prior, desposé por palabras de presente a Francisco de Poyatos y a Leonor Cervantes, naturales de esta villa de Alcázar; tes-

[13] Por «1584».

[14] Por «1584».

tigos que fueron presentes el bachiller Lino de Dueñas, Juan López Hidalgo, Pedro Collado, cirujano, Alonso García, tercero y otros muchos y lo firman. Existen dos signos. El bachiller Pajares. Está rubricado.»

Y otro libro, encuadernado en pergamino, en cuya carpeta se lee: «3 de enero de 1584. Libro segundo de bautismos. Acabó el 25 de diciembre de 1599. Empezó el año de 1584 y acabó el de 1599». Se halla foliado y en la primera hoja útil aparece: «Enero de 1584 año». En el folio 60 vuelta, donde constan cinco partidas bautismales, existe la cuarta partida que literalmente dice, al margen: «Francisco» y al fondo «En quince de julio de mil y quinientos y ochenta y siete años bautizó Alonso Gómez Guerrero un hijo de Francisco de Poyatos y de su mujer Leonor de Cervantes, que se llamó Francisco, fue su padrino de pila Eugenio López de Toledo. Firmado: Alonso Gómez Guerrero. Con rúbrica.»

En el mismo libro y al folio 103 vuelta, en el que existen cuatro partidas bautismales. La primera de ellas dice literalmente lo que sigue: al margen: «Ana». En el fondo: «En diez y nueve de abril de mil y quinientos y ochenta y nueve años, bautizó Fernando Delgado una hija de Francisco Poyatos y de su mujer Leonor de Cervantes, que se llamó Ana, fue su compadre de pila Francisco de Villescusa y su mujer. Firmado y rubricado. –Fernando Delgado.»

Después de leídos estos documentos, cuya autenticidad ha narrado el Sr. Castellanos, como si se tratara de una plaza fuerte, puede afirmarse que los más fuertes bienes raíces morales de Cervantes fincaban en Alcázar.

Mas siguiendo mi investigación, oíd ahora el testimonio de Sr. Alvarez Guerra[15], manchego y literato, cuyo verbo también hiere en esta contienda, como una espada:

«En todos los documentos indubitables en que tuvo que firmar el autor del *Quijote,* siempre lo hizo poniendo Miguel de Cervantes Saavedra, y no podía ser tampoco de otra forma, pues sabido es que en la Mancha usan los hijos como uno solo los dos apellidos del padre. En Alcázar podíamos citar más de un centenar de casos que atestiguan esa costumbre. No conocemos documento alguno en que dijera

[15] Juan Álvarez Guerra (1843-1905) es el autor de *Sol de Cervantes Saavedra, su verdadera patria Alcázar de San Juan* (1878).

Miguel de Cervantes Saavedra el lugar de su nacimiento. Es cierto que en Valladolid se siguió causa contra un Miguel Cervantes, que dijo haber nacido en Alcalá. Pero este Miguel Cervantes ¿era el Cervantes Saavedra? Rotundamente lo negamos, volviendo por la honra del ilustre soldado. El Miguel Cervantes procesado en Valladolid, lo fue por resultar sospechoso de haber dado muerte a un caballero. Esto, habiendo sido en buena lid, nada tendría que particular; pero sí lo tiene, y mucho, el que fue encarcelado por resultar dueño de una mancebía próxima al lugar del suceso, siendo las pupilas de Cervantes sus más cercanas parientas. ¿Cabe en el común sentir que el valeroso soldado de Lepanto y el caballero, autor más tarde del código más perfecto del honor, cabe, repetimos, hacerle la injuria de suponerlo capaz de ser tercero en mancebía de la peor especie y rufián de lupanar? De ninguna manera. Aquel Miguel Cervantes sería uno de tantos de los que han llevado ese nombre y apellido, pero nunca Miguel de Cervantes Saavedra autor del *Quijote*».

Todavía son más contundentes las razones que aduce el Sr. H. Ayot[16], en apoyo de la misma tesis.

«He dicho, contesta, que a mí no me cabe duda de que Cervantes fue manchego y me ratifico en ello ahora y siempre.

¿Que cuáles son mis razones para afirmarlo? Pues muy pocas y muy sencillas.

La primera es la de que Cervantes Saavedra[(1)] aparece como nacido en Alcázar, según documento claro y limpio que yo tuve en mis manos en la iglesia de Santa María, de dicha ciudad, no siendo así el raspado y manchado que se exhibe en Alcalá.

La segunda de las razones, es que en Alcázar existe, es condición popular y de origen comprobado, la casa en que Cervantes nació, y, por lo tanto, ella constituye la mejor prueba tangible que pueda pedirse en este asunto.

La tercera razón es que la parte conceptiva del *Quijote* aparece toda ella moldeada en un ambiente manchego por excelencia y téngase en cuenta que esto del ambiente generador de una idea es una verdad

[16] Personaje no identificado.

[(1)] La partida de bautismo que existe en Alcalá habla solo de un Miguel Cervantes y no de Miguel de Cervantes Saavedra. [Nota de Darío.]

tan irrebatible como los orígenes orgánicos de la materia viviente, tanto animal como vegetal.

¿Qué perjuicios puede traer a Alcalá de Henares el que Cervantes no haya nacido en su recinto? No veo ninguno, porque Cervantes, antes que manchego o de [sic] alcalaíno, es español, ante todo y sobre todo, como fue inglés Shakespeare, como fue alemán Goethe y como fue italiano Dante»[17].

Sabido es que existe una considerable diferencia de fechas entre las sendas partidas bautismales de Alcalá y Alcazar. El brioso adalid Castellanos se aprovecha de ella para decir con fuerte argumentación:

–Otro dato trataron de utilizar los alcalaínos, no sabiéndolo interpretar. Se trata de lo que, en sentido epigramático dice Cervantes en su dedicatoria al conde de Lemos, en las *Novelas Ejemplares,* y que es como sigue:

> mi edad no está ya para burlarse de la otra vida, que a 55 de los años gano por nueve, más y por la mano[18].

Y ante tal manifestación, se me ocurre preguntar: ¿ese más es «más» o «meses»? Si es «más»[,] ¿cómo incurrió Cervantes en la torpeza de decir, «y por la mano», puesto que «ganar por la mano» es, según todos los diccionarios, ganar o anticiparse en hacer o conseguir una cosa?» –Es más: la frase esa «más» y no «meses» (que para averiguarlo

[17] Muchos años antes ya se había hecho un intento para cerrar el debate, con un gesto de reconciliación casi idéntico. Manuel de Foronda, afirmando en 1893 «que Alcázar, si camina de buena fe en esta cuestión, no podrá seguir aferrada en sus opiniones», prosiguió: «Si el inolvidable Sr. Alvarez Guerra, que tanto trabajó y gastó en la defensa de sus opiniones, hubiera conocido a fondo lo que hoy todos hemos visto y comprobado, seguro estoy de que inmediatamente habría puesto fin y término a su noble campaña. Le conocí personalmente, y de su honradez intachable no podía esperarse otra cosa. Y lo que del Sr. Alvarez Guerra digo, lo hago extensivo a todos cuantos en Alcázar, de buena fe, se han ocupado u ocupan en esta cuestión. Alcázar es tierra de hidalgos españoles, y, como tales, no es posible esperar de ellos más que hidalguía y patriotismo... porque, después de todo, llámese Alcalá, o Alcázar, o Madrid, o Sevilla (que también ha echado su cuarto a espadas), o Esquivias, o Consuegra, el punto donde naciera CERVANTES, el hecho es que su patria es España, y solo los españoles podemos ostentar la gloria de llamarnos paisanos de aquel ingenio cuya gloria admira el mundo» (Foronda, 1894, p. 46).

[18] Cervantes, *Novelas ejemplares,* «Prólogo al lector», *OC,* p. 1020. La coma después de «nueve» no existe en la cita original.

se necesitan ver los originales de las *Novelas Ejemplares,* bien pudo ocurrir que Cervantes, en su constante afán de ocultar el lugar de su nacimiento, quisiera decir que ganaba al 55 de los años por nueve meses y por la mano. En cuyo caso resulta, computando fechas, que la edad del autor de las *Novelas Ejemplares* conviene perfectamente con la que tenía entonces el Cervantes nacido en Alcázar de San Juan, pues desde el día 9 de noviembre de 1558 en que aparece bautizado en Alcázar el autor del *Quijote,* hasta el 13 de julio de 1613, en que dedica las *Novelas Ejemplares* a dicho señor conde de Lemos, media el 55 de los años en sus ocho meses y cuatro días: es decir, entrado ya en los nueve meses, o quizás los nueve meses cabales si averiguarse pudiera la fecha, no en que se bautizó, sino en la que vio la luz por vez primera.»[19]

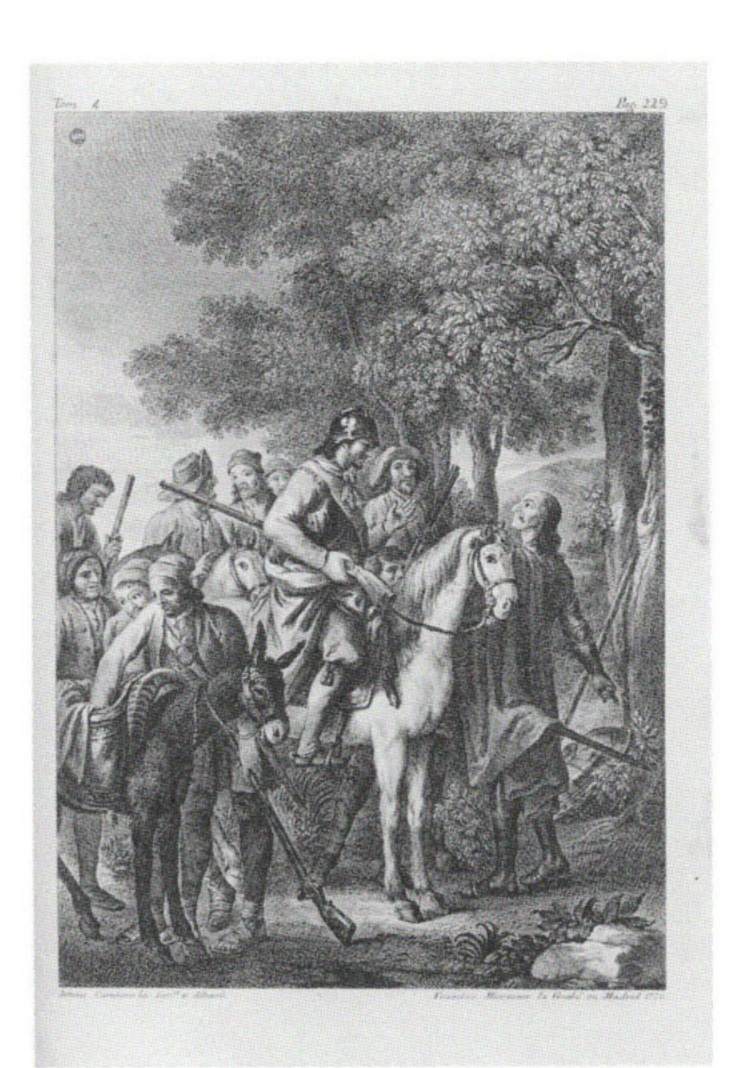
★ ★ ★

Testigo e inquisidor de la formidable corriente, del gulf-stream entusiasta que viene de Alcázar, me contento con mascullar, como un tópico de la memoria, la frase del Manco: «Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de «la Mancha» contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero[»][20].

[19] Cita no localizada.

[20] Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, vol. 1, pp. 1221-22.


Tom. IV.
pag. 107
Antonio Carnicero lo inv. y dibuxo.
Joaquin Fabregat lo grabó





Antonio Carnicero lo inv. y dibuxó. Joaquin Fabregat lo grabó.


Tom. IV

V. ANEJO

SEMBLANZA BIOGRÁFICA DE CERVANTES[1]

Por David Arellano Sequeira

Triste es contemplar a España, nación que antaño impulsó un floreciente comercio y sostuvo a cuarenta millones de la población del mundo, luchando en nuestro siglo XIX por su propia existencia. Lejos de su cimero esplendor, el imperio de Carlos V y Felipe II revive en la memoria de los españoles que aún acarician sus glorias pasadas y su difunta prosperidad. Los momentos más lúcidos de esos mejores días fueron los de su literatura. Si ésta resultó un monumento, lector querido, trasladémonos a la majestuosa Biblioteca del Escorial, cercana a Madrid, y quedémonos absortos ante las creaciones de sus sabios y escritores.

Entremos al magno edificio, paseándonos de sala en sala, hasta bajar de uno de los estantes un tomo polvoroso y sentarnos para hojear su contenido. El tomo tiene un aspecto vetusto, y en una rápida mirada concluimos que, desde su solitario recinto, este volumen ha llevado el peso de dos o más siglos. Al vislumbrar su título, nos enteramos que se trata del *Viaje al Parnaso* de Miguel de Cervantes Saavedra. Parece que el autor de Don Quijote hizo un imaginario viaje al Parnaso.

Abrimos el infolio que bosteza varias veces como si acabara de ser despertado de un extenso sueño sosegante. Volviendo parsimoniosamente las amarillas páginas del viejo *in cuarto,* nos divertimos criti-

[1] La primera biografía de Cervantes escrita por un centroamericano fue elaborada en inglés por David Arellano Sequeira (1872-1928), cuando este nicaragüense (nacido en Granada, Nicaragua) estudiaba en Saint John´s College, Fordham, Nueva York, y tenía dieciséis años. Aparecida en la revista *The Fordham Monthly* (mayo, 1888), la traduje íntegra en 1980, pero ahora sólo ofrezco su corpus central. JEA.

cando de paso los méritos de su contenido, y una y otra vez nos detenemos para admirar algún excelente trozo que volvemos a leer y leer.

Devolviendo ya el magnífico libro viejo a su propio lugar, acudamos a un tomo de singular aspecto, el cual parece no poder menos de ser rescatado de su pequeño nicho. ¡Ah! ¿Así que te llamas *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha?* Pues tu rostro es un poco conocido, pero eres un tío tan deleitoso y divertido que nunca nos cansas, y siempre te encontramos el mismito compañero fiel de tantas horas felices. El viejo *in cuarto* no podía haber ansiado más ser leído que nosotros anhelamos leerlo; y por eso lo abrimos por centésima vez. Ya conociendo íntimamente esta gran obra, podemos decir de memoria enteros trozos palabra por palabra; y, sin embargo, con cada acto de lectura sucesivo, parecemos discernir otra belleza que nos había escapado u otro encanto que no habíamos gozado plenamente antes. No proponemos dar una explicación de esta universalmente conocida obra maestra, por ser eso simplemente contar secretos ya dichos; pero cuatro palabras de acuerdo con nuestra opinión de Don Quijote no resultarán, según nuestro parecer, superfluas. Apenas falta decir que el lenguaje del todo es verdaderamente clásico, y en algunos trozos tan noble y tan altamente pulido que nos hace recordar el estilo varonil de los escritos de Tulio. Otra cosa que nos llama la atención es que el Caballero de La Mancha, al arengar a su zaquetudo escudero, emplea algunas palabras arcaicas, que para Sancho son menos inteligibles que el hebreo. Por eso Don Quijote, al hablar de la isla que Sancho gobernará, dice *ínsula* en vez de *isla,* y a la mente ordinaria de Sancho comunica la idea de algo encantado y sobrenatural.

Ya examinados los sucesos más divertidos que se relatan en Don Quijote, volvamos al frontispicio para ver en que año fue publicada esta edición de la obra. Pues, he aquí un bosquejo de la vida de Cervantes, escrito por un cierto Don español cuyo nombre no tenemos ganas de mencionar. ¡Qué gustazo biográfico más inesperado! A ver lo que ha de decir este grande de España respecto a su ilustre compatriota.

Lo mismo que en épocas de antaño siete ciudades de Grecia se honraron por haber dado a luz a Homero, así en los tiempos modernos siete ciudades de España se decidieron por un honor igualmente digno el haber sido el lugar de nacimiento de Cervantes. Después de

largos años de investigación se descubrió que el autor de Don Quijote fue originario de Alcalá de Henares, donde nació en 1547. Poco se sabe de su vida temprana, y hemos podido espigarles a varias alusiones esparcidas a través de sus propios escritos sólo unos pocos detalles triviales de su niñez.

Leemos que estudió la gramática y las humanidades bajo un maestro de su pueblo natal; pero el que pasara dos años en la gran Universidad de Salamanca sólo puede mantenerse partiendo de fuentes tradicionales de un carácter muy cuestionable. Sin embargo, sus obras muestran que recibió bastante formación y que tenía un conocimiento extenso, aunque incompleto, tanto de los clásicos como de la literatura en general. Hizo su primera hazaña literaria cuando, como uno de los escolares más avanzados de su maestro, escribió unos sonetos en la muerte de Isabel de Valois, esposa de Felipe II, y fue uno de los victoriosos en la competencia, mencionado después por su maestro en términos muy laudatorios como su «querido y amado alumno». En 1568 el Cardenal Acquaviva llegó a Madrid para expresarle a Felipe II las condolencias de Su Santidad, Gregorio XIII, en la ocasión de la muerte del príncipe, don Carlos; y el joven Cervantes, frecuentador de la corte por aquel entonces, parece haber atraído la atención y buena estimación del prelado, quien le hizo su paje y lo llevó a Roma. Pero la vista de Italia, con toda la memoria de sus grandes poetas, oradores y sabios, no despertó en el alma de nuestro héroe el espíritu de la poesía, sino que más bien encendió en su corazón ambiciones de fama militar; y dos años después de su llegada en Roma cambió su librea cardenaliana por el uniforme del soldado.

Cervantes fue expuesto al fuego por primera vez cuando su regimiento tomó parte en la expedición papal de 1570 contra la isla de Chipre, ardientemente asediada en aquellos días por los turcos, y pretendió sin éxito de aliviarla. Este fracaso cristiano causó un sentido de terror y asombro por toda la cristiandad, y el Santo padre, dándose cuenta de lo arriesgado de la situación, ordenó que España y Venecia prescindieran de sus disputas particulares y aunaran sus fuerzas a las de Roma para contener la potencia del otomano, que amenazaba infestar toda la cristiandad europea y plantear la creciente en la cúpula de la Catedral de San Pedro.

Todo amante de la historia conoce bien los sucesos que llevaron a la batalla de Lepanto; pero no todos están enterados del papel que

hizo el autor de Don Quijote en aquel sangriento conflicto y gloriosa victoria. El joven Cervantes estaba en «La Marquesa», una galera bajo el mando de uno de los tenientes más hábiles de don Juan [de Austria]. En el combate la galera estuvo en el ala izquierda, y al iniciarse la batalla, iba en la vanguardia del escuadrón, con Cervantes a bordo abatido de una enfermedad y aconsejado por sus amigos a que no se moviese. Pero nuestro héroe, siendo de corazón demasiado noble para quedar inactivo, les contestó de una manera muy patriótica, lo cual les convenció colocarlo, junto con doce valientes compañeros, en el barco que quedó suspendido al lago de la galera. Allí ejecutó tales hazañas que, aun durante los momentos más peligrosos de la batalla, llamó la atención del mismo don Juan, quien no se olvidó de la valorosa conducta que Cervantes mostró en el curso del conflicto. No nos atreveríamos a atribuirle al brazo del propio Cervantes una proporción desmesurada de esa gran victoria; pero el que se cubriera con gloria en ese inolvidable día se muestra claro por el hecho de que, mientras la memoria del «hombre enviado de Dios» queda ya casi olvidado, la de «El Manco de Lepanto», que luchó como mercenario en «La Marquesa», permanece fresca y floreciente en las mentes de sus compatriotas.

Puesto que la mano de Cervantes había sido gravemente herida y quedó desde ese día inválida y sin uso alguno, lo encontramos después de la batalla entre los heridos en Mesina, donde el célebre don Juan se dignó visitarlo en persona. Después de servir con mucho mérito durante otras dos campañas, Cervantes recibió permiso de visitar su patria, y con eso acabó el primer período de su vida como soldado, durante el cual adquirió ese conocimiento de la humanidad que después le iba a resultar tan provechoso.

Llevando cartas muy halagueñas de don Juan y el Virrey de Nápoles a Felipe II, Cervantes se embarcó para España, con su hermano Rodrigo, en la galera «El Sol», durante el otoño de 1575. Apenas llegados a la vista de Menorca, sucedió que nuestro héroe y sus compañeros de repente se encontraron circundados de todo un escuadrón de cruceros argelinos, mandado por el pirata notorio, Arnaut Nanie, quien recorría el Mediterráneo en aquellos turbulentos días. Los españoles, al verse agredidos, ofrecieron una porfiada resistencia, y lograron amargarle rigurosamente la vida al enemigo hasta que, abrumados a fuerza de los números superiores del pirata, se vieron obligados

a arriar su bandera. Cuando los reos llegaron a Argel, le cupo en suerte a Cervantes caer en manos de un renegado griego, cuyo nombre aún entre los argelinos propios era un apodo de ferocidad. Este bribón avariento, creyendo que su prisionero podría redimir su libertad al costo de una cantidad de oro fabulosa, le cargó con cadenas y lo abusó con inauditas crueldades. El valor casi sobrenatural con que Cervantes llevó esos desoladores sufrimientos es, sin duda alguna la joya más brillante que adorna las hojas de su vida. Tampoco dilató ni estuvo retrógrado en planearles medios de escape a él y sus compañeros presos; pero, desafortunadamente, nunca lograron dar fruto, debido a la falta de habilidad en algunos y a la traición a otros. Fue el espíritu indómito de Cervantes el que alegraba la melancolía de los prisioneros cristianos en aquellos calabozos oscuros y lúgubres; y la maravillosa influencia que ejercía sobre indigno captor a menudo intervenía para ayudar a los otros, mientras su carácter generoso le inducía a echarse a sus espaldas la culpa cuando había una cuestión de castigo por alguna mala conducta general.

Después de cinco años de exilio y prisión, gracias a los generosos esfuerzos de su buena madre y especialmente del buen fraile Juan Gil, Cervantes fue liberado de su cautiverio y esclavitud, arribando a la costa de su amada España después de doce años de ausencia. Pero su buen humor indoblegable siempre se enfrentaría con apuros aún más difíciles que los de su cautiverio en Argel. Los veteranos de los servicios de Lepanto ya habían sido olvidados, y Cervantes, con ganas de ganarse la vida, se aunó a su vieja compañía, que por aquella temporada iba en expedición rumbo a Portugal. En la batalla de Dercire se mostró aun el valiente español que había sangrado en Lepanto por el honor de su patria y por la existencia de su religión. Pero todos lo sueños de Cervantes no se habían realizado, y ahora empezó a desesperarse de ese favor militar al que su intachable conducta le dio derecho. A la edad de treinta y seis años, abandonando su carrera militar, se estrenó literato, publicando una novela pastoril llamado «La Galatea». Poco después se casó con una dama española de singular belleza y respetada familia. Durante los próximos años, se sabe que escribió para la escena, pero aun no había descubierto la verdadera inclinación de su genio.

En 1598 lo descubrimos cobrando impuestos en la jurisdicción de Argamasilla, cuando el rabioso populacho, después de maltratarlo con-

siderablemente, lo encerró en una casa conocida aún hoy día como «La Casa de Medrano». Ya que dice Cervantes mismo, hablando de Don Quijote en su prólogo, que «este hijo de su entendimiento nació en una cárcel», concluimos que la primera parte de Don Quijote fue concebida y probablemente escrita durante su segundo encarcelamiento. Completó y publicó su inmortal obra el mismo año que Shakespeare le dio al mundo su famoso «Hamlet». Poco después volvió a escribir por el teatro, y fue entonces que estalló ese espíritu rival entre él y el gran Lope de Vega, quien resultó con la victoria. Mientras tanto Avellaneda, admirador de Lope de Vega que le sugirió el vergonzoso acto, publicó el Don Quijote falso que provocó la furia de Cervantes. Este tomó su pluma y, al cumplir la parte final de su inmortal obra, impuso silencio al miserable calumniador. Los próximos años de su laboriosa vida los pasó Cervantes casi en la pobreza, aunque su mero nombre ya se había vuelto inmortal. Escribió su novela póstuma «Los trabajos de Persiles y Segismunda» cuando ya le habían suministrado la extremaunción, y, en sus propias palabras, «ya tenía un pie en el estribo», esperando una llamada. Unos pocos días antes de su muerte, lleno del espíritu de un hombre en el portal de la eternidad, tomó el hábito de un fraile franciscano, con el cual dio su último suspiro el 23 de abril de 1615, el mismo día que expiró su gran contemporáneo: William Shakespeare.

(Traducido de la revista *The Fordham Monthly,*
vol. VI, núm. 5, May, 1888, pp. 141-43).

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ GUERRA, J., *Sol de Cervantes Saavedra, su verdadera patria Alcázar de San Juan,* Madrid, F. Nozal, 1878.

ARELLANO, J. E., «Una crónica desconocida de Rubén Darío. De New York a Buenos Aires por el Atlántico», *Nuevo Amanecer Cultural* [Managua], 30 de enero, 1983.

CARRILLA, E., *Cervantes y América,* Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1951

CASTELLANOS, A., *Apuntes sobre la verdadera patria de Miguel de Cervantes Saavedra,* Alcázar de San Juan, A. Castellanos y Hermano, 1896.

CERVANTES SAAVEDRA, M. de, *Don Quijote de la Mancha,* ed. F. Rico, Barcelona, Crítica, 1998.

— *Novelas ejemplares,* en *Obras Completas,* Madrid, M. Aguilar, s.f.

DARÍO, R., «D. Q.», en *Almanaque Peuser para el año de 1899,* Buenos Aires, Peuser, 1898, pp. 57-58.

— *Cantos de Vida y Esperanza, Los Cisnes y otros Poemas,* Madrid, Imprenta de Bernardo Rodríguez, 1905.

— «Hércules y don Quijote», en *Letras,* Paris, Garnier Hermanos, Libreros-Editores [1911], pp. 141-49.

— «Historia de mis libros», en *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo,* Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.

— «A. de Gilbert», en *Rubén Darío* y *El Correo de la tarde: 1890-1891,* Ed. F. Jolger y F. Solares-Larrave, con la colaboración de E. Uhran Irving, prólogo I. A. Schulman, Valencia, Instituto de Estudios Modernistas, 1996, p. 116-66.

DARÍO, R., *Don Quijote no debe ni puede morir,* prólogo de J. E. Arellano, anotaciones de G. Schmigalle, Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua, abril, 2002.

Enciclopedia Universal Ilustrada europeo-americana, Madrid, España-Calpe,1909.

FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M., *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra,* Madrid, Imprenta Real, 1819.

FORONDA, M. de, *Cervantes en la Exposición Histórico-Europea,* Madrid, Librería de Guttenberg, 1894.

GRISMER, R. L., *Cervantes: a bibliography,* New York, H. W. Wilson, 1946.

HINTERHÄUSER, H., *Fin de siècle: Gestalten und Mythen,* Munich, Willhelm Fink, 1977.

JACCACI, A. F., *On the Trail of Don Quixote, being a record of rambles in the ancient province of la Mancha,* New York, Charles Scribners, 1897.

— *El camino de Don Quijote. Por tierras de la Mancha,* Madrid, Imprenta Clásica Española, 1918.

LEÓN MÁINEZ, R., *Vida de Miguel de Cervantes,* Cádiz, Tip. La Mercantil de D. José Rodríguez, 1876.

— *Cervantes y su época,* Jerez de la Frontera, Litografía jerezana, 1901-1903, 4 vol.

MACHADO, A., *Poesías (Opera omnia lírica),* Madrid, Editora Internacional, 1924.

NASARRE Y FERRIZ, B. A., ed., *Comedias y entremeses,* Madrid, A. Marín, 1749, 2 vol.

NERVO, A., *Obras completas,* Madrid, Aguilar, 1962, 2 vol.

RODRÍGUEZ CASTILLO, Á. M., *Vida y obra de José Nogales,* Huelva, Diputación Provincial de Huelva, 1999.

SÁNCHEZ, A., «Cervantes y Rubén Darío», *Seminario Archivo Rubén Darío,* Madrid, núm. 6, 1962, pp. 31-44.

URIBE ECHEVERRÍA, A., *Cervantes en las letras hispanoamericanas.* Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, 1943.

VARGAS VILA, J. M., *Rubén Darío,* Madrid, Sanz Calleja Editores, 1923.